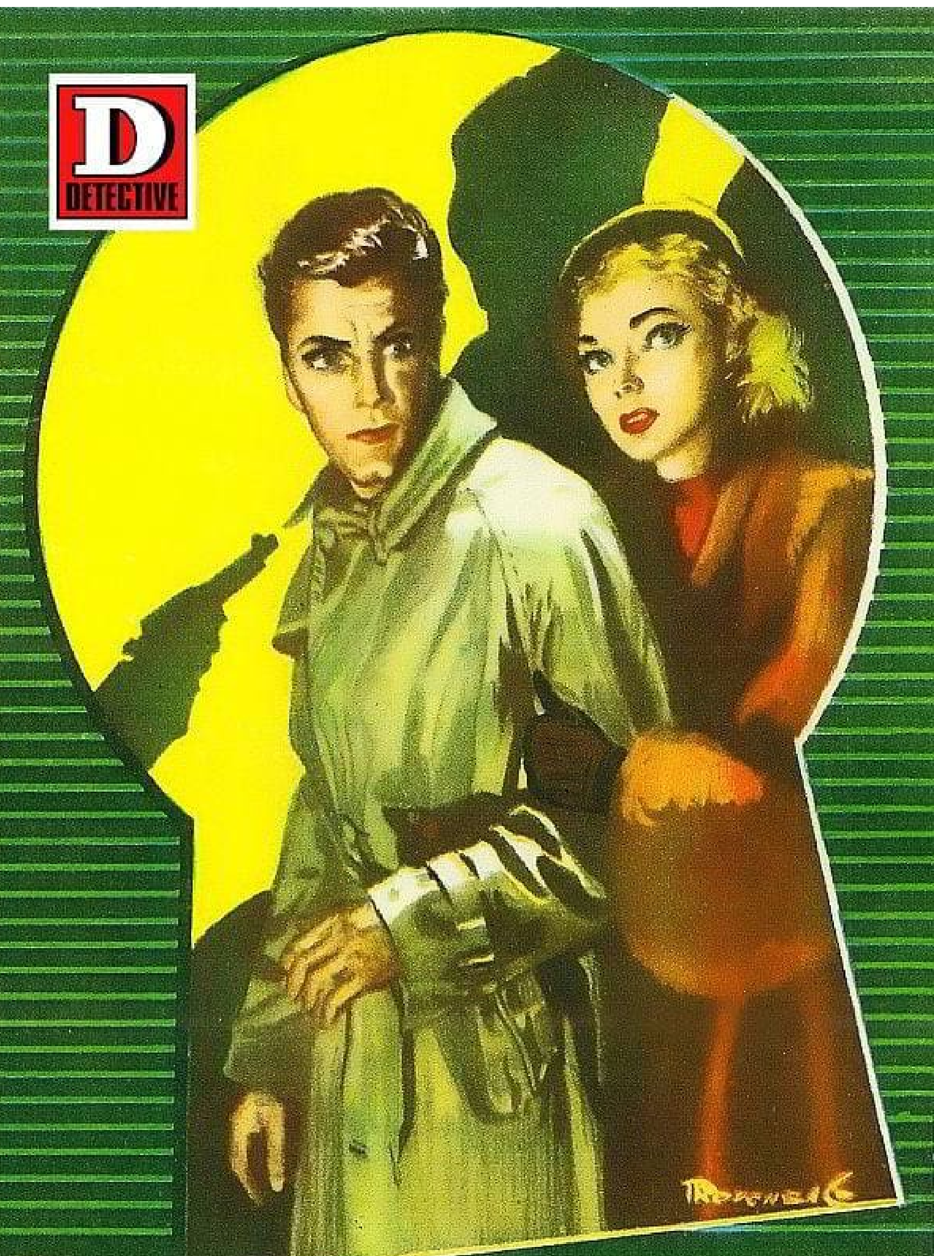


Vic Peterson

EL ASESINO BUSCA ESPOSA

Kent Chandler echó hacia atrás la cabeza, y el alevoso manotazo destinado a cogerle los cabellos resbaló. También desplazó aire el zurdazo que en veloz gancho subía con la malévola intención de alzarle el mentón en contacto secamente científico.

Kent Chandler debía tener un gran cariño a su físico, porque toleró una dolorosa presa en su pierna izquierda, y un cabezazo al estómago, como consecuencia inmediata de su esquiva de rostro.

Cayó sentado, pero con veloz escorzo rodó a un lado, mientras su adversario, que se había lanzado en zambullida acrobática, encontraba en vez de carne, la lona recubriendo corcho.



Vic Peterson

El asesino busca esposa

Detective - 16

ePub r1.0

LDS 16.05.18

Título original: *The murderer looks for a wife*
Vic Peterson, 1953
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El asesino busca esposa
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Kent Chandler echó hacia atrás la cabeza, y el alevoso manotazo destinado a cogerle los cabellos resbaló. También desplazó aire el zurdazo que en veloz gancho subía con la malévola intención de alzarle el mentón en contacto secamente científico.

Kent Chandler debía tener un gran cariño a su físico, porque toleró una dolorosa presa en su pierna izquierda, y un cabezazo al estómago, como consecuencia inmediata de su esquiva de rostro.

Cayó sentado, pero con veloz escorzo rodó a un lado, mientras su adversario, que se había lanzado en zambullida acrobática, encontraba en vez de carne, la lona recubriendo corcho.

Kent Chandler estaba ya en pie, cuando el profesor sueco, un especialista en enseñar los modos de defenderse de ataques callejeros, estaba aún incorporándose.

Se abalanzo Chandler, con la sana intención de aplicar un rodillazo definitivo, y el sueco presentó el antebrazo, mientras su mano izquierda asía el tobillo de Kent.

Éste alzó la otra rodilla, y el profesor esquivó por milímetros el impacto. Kent Chandler volvió a colocar las posaderas en el suelo acolchado, y el profesor, manteniéndole los dos tobillos, quedó de rodillas. Explicó:

—Si ahora empezase a separarle las piernas, señor Chandler, lo pasaría usted mal. Pero dudo que sus habituales enemigos, empleen esta llave. Por si acaso, cuando le agarren un tobillo, separe la otra pierna. Es usted un discípulo muy inteligente, pero tiene un gran defecto, señor Chandler. Su carácter es agresivo por complacencia.

Soltó el profesor los tobillos de Chandler, que se incorporó.

—Soy agresivo porque las circunstancias me obligan a serlo, Stigg. Si hace más de dos años que vengo a horas perdidas, a

magullarme aquí, no es por capricho.

El sueco en pie, flemático, se fue secando el rostro sudoroso con una toalla esponjosa, embebida en aromatizado alcohol.

—Su otro defecto, señor Chandler, es que se protege tanto el rostro que descuida otros sectores de su anatomía. De todos modos, es natural que usted prefiera no exhibir desperfectos en la cara.

—Es casi un instrumento de trabajo, Stigg.

Kent Chandler pasó a las duchas, y poco después a la mesa de masaje. Vistiéndose, se contempló con irónica satisfacción. El espejo le devolvía la imagen de un delgado y fibroso acróbata que no actuaba en circo, sino en habitaciones y calles.

Un bien cortado traje gris «diplomático», podía hacer suponer que la amplitud de los hombros, era artificio sastreril, porque la cintura era muy estrecha, y las piernas largas y delgadas.

Ajustándose el nudo de la mariposa a lunares azules sobre fondo gris, Kent Chandler empezó de nuevo a pensar en Stromberg… cuya frase de despedida había sido dicha sonriendo, porque había mucho tránsito en la Avenida Lexington a las cuatro de la tarde, y cerca de la Gran Estación Central.

«—Me disgustaría colocarle lunares rojos en la camisa, Chandler. Olvídese de que existo».

Pero Kent Chandler amaba mucho la vida, y era emocionante néctar que le embelesaba el paladar, saberse en peligro casi constante, porque estaba muy decidido a no «olvidarse» de que Rudolf Stromberg, «seguía existiendo».

Se cepilló los rizosos cabellos castaños, y ladeado el fieltro azul, abandonó el gimnasio de Stigg.

Dos puertas de cristal separaban las dependencias del gimnasio de la calle. En la segunda, fué un negrito adolescente quien la abrió para susurrar, rodando los blancos globos oculares:

—«El Hurón» ronda, jefe. Gracias, Jefe.

Porque Kent Chandler, aunque pagaba un sueldo a Topsy, tenía oportunas esplendideces.

Si «el Hurón» rondaba, vería a un negrito recibiendo una propina por abrir una puerta.

Kent Chandler, a propósito, no se dirigió hacia su coche aparcado en el ensanchamiento del cruce de la Treinta con Lexington.

Arrimado lo más posible a las fachadas, adoptó el caminar tranquilo de un ciudadano cuyo horario le permite pasear a las seis de la tarde.

Sin olvidar a Rudolf Stromberg, pensó en lo entrometido que resultaba a veces «el Hurón». Se crispó su boca en irritada mueca, cuando vio a cinco pasos de distancia, al apodado «Hurón».

Su perfil acreditaba el apodo. Agudo, de sienes aplastadas, y ojillos vivaces, penetrantes. Parecía contemplar un escaparate de prendas interiores femeninas.

Y con su habitual postura. Abierta la gabardina y la americana, hundía las dos manos en los bolsillos de su pantalón. Un hombre poco elegante, con rodilleras, manchas de ceniza y corbata chillona.

Kent Chandler se detuvo también delante del escaparate. Muy aceptable punto de mira, porque los reflejos de faroles, permitían ver lo que iba circulando a espaldas de los dos mirones.

—¿Qué color le gusta más, Murphy? ¿El lila o el salmón?

El sujeto del perfil agudo, siguió mirando los maniquíes de cera, luciendo diversas prendas vaporosas. Su voz era áspera al contestar:

—Me quedo con el negro, Chandler. ¿Qué tal? ¿Paseando?

—Hay que estirar un poco las piernas, cuando no llueve. Además, me despepitan los paseos a esta hora indecisa y otoñal.

—¿Qué hay de Stromberg?

—Mi estómago no encaja la cocina alemana, Murphy.

—No sea chistoso a esta hora indecisa y otoñal. Me refiero a Rudolfs Stromberg, porque tengo la vaga sospecha de que si hay alguien en todo Nueva York, que sabe por dónde anda Stromberg, este alguien es usted.

—Si yo supiera por dónde anda ese Stromberg que usted cita, me alegraría mucho al saberlo, porque me dedicaría a estirar las piernas a unas cien millas de distancia.

—Reconoce pues que Stromberg no le quiere bien.

—Tengo un gran éxito entre las damas de toda nacionalidad y edades que pululan por la ciudad.

—Podemos estirar las piernas, juntos.

—Es un honor para mí, Murphy.

Clark Murphy se ladeó. Rara vez miraba a sus interlocutores.

—¿Iba usted hacia el sur, Murphy?

—Como siempre, camino hacia cualquier punto, si me lleva a un

lugar interesante. Y usted lo es, demasiado. Si no le soy inoportuno, seguiré su camino, unos instantes.

Kent Chandler encendió un cigarrillo, y Clark Murphy mordisqueó la punta de sus favoritos brasileños negros y retorcidos, que le teñían poco favorablemente los dientes.

—Me pareció ver a Topsy esperándole a la puerta del gimnasio. Lástima que mis ojos recorren más camino que mis orejas.

—Era Topsy, en efecto. Me pidió si debía continuar vigilando mi coche. Tiene la manía de que alguien ronda por la ciudad, decidido a reventarme los neumáticos.

—Ya… Las estadísticas calculan, más de un millar de fábricas de neumáticos en el Estado. Funerarias, otras tantas. Topsy puede vigilarle los neumáticos, pero ninguna compañía de seguros le aceptaría como buena inversión, Chandler. ¿Se decide a confiar en mí?

—Hace tiempo que confío plenamente en usted, Murphy.

Atravesaron dócilmente, atendiendo la señal de tráfico. Ya en la acera, comentó Murphy, después de escupir un amasijo de puro:

—Stromberg tiene una cuenta pendiente conmigo. Y supongo que me tendrá más respeto que a usted. Decídase, y entre los dos, podemos dejar fuera de la circulación a Stromberg.

—Le doy mi palabra de honorable y prudente ciudadano, que ignoro por completo dónde tiene Stromberg su palo de gallinero.

—Que sea usted honorable hay quien lo pone en duda, Chandler, y en cuanto a prudente, lo niego rotundamente. Usted cree que Stromberg es un gallina, y lo es, a solas. Pero tiene varios gallos, y le hincarán el pico, Chandler.

Kent Chandler tiró el cigarrillo, deteniéndose ante el luminoso umbral prolongado por toldo, de un local de baile, famoso por sus concursos ruidosos y bien pagados.

—Creo que me convendrá mover los pies al ritmo de la selva. ¿Por qué no intenta ganarse un sobresueldo probando suerte, Murphy? A lo mejor, ignora usted sus talentos.

—No me gusta hacer el orangután, ni con música. Es una lástima que persista usted en dárselas de niño tonto conmigo. Las convencerá a ellas, en un principio, pero nosotros dos nos conocemos ya, Chandler.

Kent Chandler alzó las cejas y emitió un suspiro:

—Y tanto, Murphy. ¿Entra?

Clark Murphy escupió otro pedazo de cigarro, y se alejó.

Kent Chandler permaneció en el umbral. Era verdad que se conocían mucho ellos dos, y por esta razón, comprendía que Clark Murphy no fingía el irse.

Tampoco él había fingido al decir que ignoraba el paradero de Rudolf Stromberg. Hubiera podido aludir a la cita que para las seis y media, le habían dado por teléfono en el Mount Morris Park.

Un lugar apartado, de poca circulación, que tal vez Clark Murphy hubiera considerado «interesante».

Y cuando sin entrar en el local de baile, Kent Chandler siguió rasando paredes, caminando hacia el norte de Manhattan, estaba de acuerdo con Murphy en un punto: no era prudente.

Aquella cita en el Mount Morris Park, a las seis y media, dada telefónicamente por Helen, era sospechosa, si bien era admisible que la caprichosa Helen, sintiera de pronto hacia las cinco y media, el deseo de citarle, llamándole al gimnasio.

El camino más corto para llegar al Mount Morris en su vertiente hacia Harlem, era continuar por la Quinta, pero Kent Chandler prefirió abandonar la iluminada y espléndida arteria, columna vertebral de Manhattan.

Se internó por laterales, atravesando la Primera y bordeando la East River, alzó las solapas de su «raglan» gris. Soplaba un cierzo que acuchillaba la piel y que justificaba que aquel paseante hundiera las manos en los amplios bolsillos del abrigo.

Unos bolsillos en que no había intervenido el sastre, al crear dos dobles forros. El de la izquierda contenía un semiarco de hierro, forrado por dentro con prensado fieltro. Tenía cuatro orificios, que encajaban perfectamente con los dedos, dejando libre el pulgar. Era increíble la contundencia que proporcionaba al puño, aquel semiarco que a la vez protegía los nudillos contra el despellejamiento, si tenían que chocar con algo duro.

En sus principios de agresiva actividad, Kent Chandler había ido comprobando prácticamente, lo necesario que era protegerse el rostro, y cuidarse los nudillos.

Adquirió práctica en calzar el semiarco de hierro y en salvar el rostro de la maniática obsesión de la mayor parte de los que se disponen a convertir en ejecutiva una discusión.

Debía ser porque al discutir y no llegar a un acuerdo, el interlocutor adquiría un repentino rencor contra el rostro ajeno y al igual que los boxeadores novatos, sólo veía carne de cara.

La mano derecha abarcaba fácilmente la plana culata del seis tiros, de fabricación belga. Al principio también había cometido un error. Adquirir una pesada distribuidora de ocho balas, complementada con cargador doble. Pesaba horrores y deformaba el hombro izquierdo y la práctica le demostró que sólo en el frente es útil disponer de abundante munición.

En la ciudad era preferible escatimar municiones y disponer de una pistola ligera, fácilmente disimulable.

Contorneó la tapia de un solar en obras, y más que nunca sus ágiles pies, funcionaron como las extremidades de un gato que olfatea ratones.

Era natural que Helen Sutton escogiera lugares discretos, porque era una chica de la alta sociedad, y él no figuraba en las listas de invitados de las reuniones selectas a las que tenía por costumbre acudir Helen Sutton.

Pero también podía ser muy natural, que de cualquier rincón surgiera uno de los gallos de Stromberg.

No había la menor relación posible entre un granuja como Stromberg y la delicada Helen de los Sutton, Park Avenue. Pero ¿no conocía él, y casi a fondo, a Helen Sutton?…

Se adhirió a la obscura tapia, cerca de la esquina de la calle que conducía a Harlem.

Aquel lugar era parte de la enorme ciudad y tan sólo eran las seis y veintisiete minutos, pero el silencio y la soledad, cuadraban con cualquier rincón de una aldea perdida en la alta montaña.

Solares en edificación, porque una compañía constructora había adquirido las viejas casas paradójicamente, para destruirlas y edificar en el emplazamiento otro bloque de rascacielos.

Los vigilantes de material, preferían calentarse en sus cobertizos, entre tapias.

Kent Chandler tendió el oído. Aquel taconeo era muy femenino, nervioso y apresurado. Como si repicasen con prisa, huyendo… No esperando.

Y de pronto, Kent Chandler tuvo que pensar a la vez en varias cosas urgentes.

La mujer que doblaba la esquina no era Helen Sutton y el coche que se aproximaba, no llevaba a pacíficos ciudadanos.

No miró más a la mujer, sino que la empujó con brutal falta de galantería…

Y el crepitar de una ráfaga, taladró ladrillos, hizo espolvorear cal y no provocó surcos rojos en dos anatomías, porque Kent Chandler derribando a la mujer, se lanzó por encima de ella, en estirada grotesca, muy utilitaria.

Desde el coche, faros apagados, una silueta proyectó de nuevo el silenciador y apagallamas hacia la esquina.

Kent Chandler apuntó a ras de suelo y prácticamente. El coche que se disponía a virar para facilitar la labor del que atrás, tenía que repetir la ráfaga, chirrió estridentemente sobre una rueda.

La otra estalló y el tren posterior se bamboleó, obligando al conductor a dar gas, acelerando, para recuperar el dominio del volante.

Se alejó hacia Harlem, pero tomó el viraje como un barco que escora. Oyéronse unos silbatos…

Kent Chandler se levantó, sacudiéndose las rodillas y mirando con pena su sombrero azul que había ido a aterrizar en un montón de barrosos cascotes.

Recordó de pronto que había empujado a una desconocida… que seguía tendida en el suelo, de costado, sin moverse.

Se inclinó, apremiando:

—Ya pasó, y es preferible que me despida. Hay explicaciones que prefiero no tener que dar.

Ella no respondió, por la forzosa razón de que estaba desvanecida. Alguien, tras la tapia acudía gritando:

—¿Qué pasa? ¿Quién disparó?…

Un halo rojizo bamboleante anunciaba que el alertado vigilante, llevaba una linterna, muy necesaria en aquellos desiertos parajes.

Se iba acercando también el petardeo de una moto, en orquestal competencia con la sirena policial.

Kent Chandler era imprudente, pero rápido en sus decisiones. Se agachó y pasando los brazos bajo las piernas dobladas y las espaldas de la desconocida, la levantó.

Echó a correr hacia la East River, y fué tal vez el aire azotando el rostro de la mujer, lo que la hizo reaccionar. Pero reaccionó en

forma extraña.

—¡No lo ha conseguido! ¡No me han matado!

No chillaba, sino que presa de un nervioso *shock*, mordía las palabras entre sus encajados dientes.

Kent Chandler bandeó a un lado su femenina carga, aconsejando:

—Si se mantiene en pie, seremos una pareja normal. ¿O es que no somos normales, rubia?

La rubia en pie, se apoyó con fuerza sobre el brazo masculino, y en la obscuridad, trató de seguir el paso ágil y veloz de Chandler.

—Usted fué muy oportuno. Si no es por usted, me matan y él hubiera conseguido su propósito.

—Luego me lo cuenta. Guarde ahora el soplo, por si nos dan alcance los entrometidos.

Chandler siguió por dos veces la misma trayectoria en zigzag y respiró comprobando que nadie los seguía.

Apareció la hilera de luces sobre el malecón dominando el brazo oriental del Hudson. La avenida que parecía de otro mundo muy distinto al que dejaban atrás.

Coches sin fusiles ametralladores, aceras limpias, transeúntes tranquilos, escaparates luminosos, bares acogedores…

Ambos se sacudieron instintivamente el polvo y ella murmuró:

—Me duele el brazo.

—Pero lo tiene muy vivo, ¿verdad?

Se miraron, algo entrecortada la respiración. Alguien chocó contra Chandler y pidió perdón, siguiendo su marcha.

Se acercaron más al umbral de una tienda de artículos deportivos. Y Kent Chandler insistió en detener sus descarados ojos pardos, por las diversas perfecciones que el abierto abrigo de «astrakan», revelaba.

«Una rubia nada sosa —fue definiendo el apartado cerebral que Chandler dedicaba a catalogar femeninas valoraciones—. Boca ávida, ojos de miedo y con miedo, busto de los que hipnotizan, piel de raso y categoría de rica por costumbre».

—Debo darle las gracias por haber sido tan oportuno, y lo considero ridículo. Dar gracias a quien nos salva la vida…

—Reanímese. Lo conseguiremos allí mismo. Disponen de buenos cordiales y de compartimientos discretos.

Ella volvió a apoyarse en el brazo da Chandler, con las dos manos.

—Sí… Estoy aturdida… Fue todo tan repentino… aunque hace ya días que me suponía que…

Cerró ella los ojos y la entrada de Kent Chandler en el «Seaside», fue la de un afortunado galán, con su rendida conquista, a punto de desvanecerse de éxtasis amoroso sobre su hombro.

CAPÍTULO II

En el compartimiento del piso primero, con discreta cortina por puerta, un camarero dejó sobre la mesa un combinado de naranja y coñac, y una copa vacía a cuyo lado esperaba el frasquito de *whisky* para triple consumición y la botella de soda.

Se retiró, con solemne saludo silencioso. Un cliente que iba tan bien acompañado, sabía ser generoso, rechazando el cambio.

Ella bebió a sorbos su combinado, mientras Chandler se servía un tercio del botellín, acabando de llenar el alto vaso con soda.

Bebiendo, pudo acabar su valoración. El abrigo sobre el diván semicircular, era caro. La blusa de punto azul, debía ser un modelo exclusivo. La falda plisada, adquiría ahora una suave redondez agradable de ver.

Volvió a alzar la vista, continuando de medio lado. La mano que empuñaba el vaso, no había conocido nunca lo que era atender las labores de una casa con su destructora cocina.

Dedos en huso, con las uñas nacaradas. Una alianza de oro y en el dedo medio un aro grueso de platino engarzando un brillante rodeado de pequeñas perlas.

Dejando el vaso sobre la mesita, ella también se ladeó…

—Tuve tiempo para que mis sentidos apreciaran que además de salvarme, supo usted evitar que el coche volviera a disparar.

Había en los azules ojazos, candidez natural, pero Kent Chandler estaba resabiado. Intuyó malicia y recelo.

—Si el coche hubiera virado, me temo que no estaría disfrutando el reconfortante sabor de este tónico.

—¿Por qué prefirió no esperar a la policía?

—Lo hice por usted —mintió, muy sinceramente, Chandler.

—¿Por mí?

—Usted clamó repetidamente que ellos no lo habían conseguido y que no habían logrado matarla.

Y afirmó que «él» estaría mordiéndose las uñas, cuando se diera cuenta de que un neumático al reventar, le hizo fallar.

—Por lo visto, hablé demasiado.

—Con otro oyendo, sí. Conmigo, poco.

Ella, contempló cómo Chandler escanciaba otro tercio del botellín. Y comentó:

—Realmente, no sé qué decir. Todo ha sido tan inesperado…

—No tanto, puesto que usted esperaba que la acribillaran. Y no la tengo por víctima propiciatoria, pese a que estuviera paseando por sitio tan poco concurrido.

—Si supiera quién es usted… Necesito tanto a alguien en quien poder confiar. En realidad, usted me ha salvado la vida.

—Por carambola, ya que también le tengo cariño a la mía.

—Me llamo Vivian Murray… Resulta casi ridículo… Me estoy presentando y hablo como si todo fuera natural. El modo como nos hemos conocido, nuestra presencia aquí…

—Necesitábamos reparar los nervios, ¿no?

Ella cruzó las piernas y pidió:

—¿Tiene un cigarrillo?

Ofreció él su pitillera, excusándose:

—No la creí fumadora, porque si lo fuera, habría usted echado mano de sus reservas.

—Perdí mi bolso…

—Y yo mi sombrero. Dos fallos, pero no podía estar en todo. Se trataba de recogerla a usted, o recoger mi sombrero y su bolso, que no vi. La elección no era dudosa. Me quedé con usted, Vivian.

Ella se irguió un poco. Kent Chandler definió mentalmente:

«Tipo fino, intelectual, que no gusta de familiaridades. Ha respingado, y va a decirme que no sea malo».

—Encontrarán mi bolso y sabrán que las balas iban dirigidas a mí. Harán preguntas a las que no puedo contestar.

—Contésteme a mí, y yo puedo resolver su preocupación, Vivian. Es mi especialidad.

—¿Su especialidad?

—Las personas que tienen preocupaciones y que son objeto de intentos de asesinato, suelen acudir a dos soluciones: sentirse

confidenciales con la policía, o recurrir al mejor servicio de los detectives privados. Vea si le sirve este amigo.

Sobre la mesita colocó Chandler una placa cuadrada, con ribete de cuero, y cuya mica transparentaba una fotografía en huecograbado.

Ella se inclinó para leer la licencia de uso de arma, y para ejercer la profesión de investigador privado, extendida a los nombres del retratado en el laboratorio del Estado, que también había aplicado las dos huellas digitales bajo el retrato de Kent Chandler.

«De perfil y cuando está interesada, parece una niña aplicada —se dijo él—. Debe tener unos veinticinco años y lástima que lleva anillo de casada. Tengo el defecto de ser prudente y la fruta del cercado ajeno, es lo único que en este mundo me inspira respeto…».

—Ha sido providencial, señor Chandler… y ahora comprendo por qué accionó tan eficazmente. Es curioso… Hace ya días que estoy luchando con mi intención de visitar a un detective privado.

—¿Los mismos días en que suponía que alguien deseaba matarla?

—Sí.

—Vamos a emplear un método muy vulgar, Vivian. Consiste en empezar por el principio. Ya después, encontraremos solución a su bolso delator. Se llama usted Vivian, paseaba corriendo por la Harlem Connection, en su parte solitaria que contornea el Mount Morris y un coche la ametralló. Tuve la suerte de estar a su lado y de llevarla en brazos pasmado de admiración, porque es usted bonita con ganas, pero no se alarme, porque soy por profunda convicción, muy respetuoso con las casadas.

Ella miró instintivamente su mano…

—Mi marido es Derek Murray. Seguramente le conoce.

—Ni la menor idea, aunque por lo que veo, tiene buen gusto.

—Es el compositor de melodías.

—¿Autor de la «Sinfonía de la Pólvora en Mount Morris»?

—Yo no he dicho que Derek…

—Antes, cuando citó usted al que se mordería las uñas de rabia al verse fracasado en su intento, yo le estaba mirando los ojos… Vivian. Presumo de ignorar totalmente lo que puede existir tras unos ojos de mujer, pero en aquel instante, usted estaba en baja

forma, es decir, aun con los nervios deshechos. Y al pronunciar el pronombre, había en sus ojos la doble expresión, que he podido apreciar en las enamoradas que a la vez tienen rencor…

Ella sonrió por primera vez.

«Gana un cien por cien cuando enseña los dientes…».

—Parece usted muy entendedor de psicologías femeninas, señor Chandler. Es cierto. Estoy muy enamorada de Derek… y últimamente le odio. Será mejor que empiece por el principio. Considero por lo tanto, que al igual que usted tiene derecho a pedirme los honorarios que estime conveniente, yo tengo derecho a exigirle discreción.

—Es la norma de la casa —sonrió Chandler.

«Descarado, pero no molesta —susurró la doble personalidad de Vivian Murray—. Y ha demostrado que es eficaz».

—Hace tres años conocí a Derek. Nos enamoramos, y me avisó que una condición esencial para nuestra felicidad en el matrimonio, consistía en que yo nunca debía preguntarle a dónde iba, si se ausentaba días o meses. Pretextó que en busca de inspiración se recluía en sitios alejados de todo bullicio mundano. Me avisó también de que debía tener plena confianza en él, porque detestaba a las mujeres poseídas del funesto vicio de los celos. Derek es muy guapo. Muy interesante. Tiene ya cuarenta años, pero todas lo encuentran estupendo. Este calificativo no es mío, sino de Lulú.

En el diminutivo condensó ella toneladas de amarga ironía.

—Mi marido vende muy bien sus composiciones para *jazz*. No se prodiga, ya que le valoran a alto precio sus melodías. Yo cuando se ausentaba, respetaba el convenio. Intentaba luchar contra los celos… Al volver, Derek era un encanto.

—No le resulta difícil serlo. Usted… Bien, bien, prosiga. No tome en cuenta mi propensión a olvidarme que es usted una señora casada.

—Hace siete días, regresó Derek, tras una ausencia de veinte. Había cambiado… Detalles que sólo una mujer enamorada sabe apreciar. Me besaba, pero su mente estaba lejos. Y adquirí la certeza de que había otra mujer. Primero me desprecié yo misma, al pensar en espiarle. Lo hice… Y hace cinco días, Derek estaba en un sitio parecido a éste… Me avergüenza confesar que en el compartimiento de al lado, me subí sobre el asiento y miré.

Ella cerró los ojos y Kent Chandler vació su vaso. Los celos de las mujeres casadas, le habían proporcionado numerosos beneficios y trabajo aburrido, fácil, sin emoción.

—Era indudable que Derek quería con pasión a la mujer que estaba abrazando. Ridículo… La llamaba Lulú… Si en aquel momento, hubiese tenido al alcance de la mano una pistola, yo hubiese matado…

—¿A Lulú o a Derek?

—A los dos. No me presenté. Volví a casa y cuando él fué a cenar, sondeé. Me contestó que era muy aburrido pasar tres horas discutiendo con editores musicales. Supe refrenarme, porque estaba deseosa de gritarle qué clase de editor musical se llama Lulú. Al día siguiente, volví a espiarle. Entró en una casa de la Riverside. Tardó una hora en salir. La inquilina de la casa se llama Loretta Grandpré, y es natural de Nueva Orleans. Una afrancesada… y seguramente ella le llamará «chuchu», o «mamur»… Ridículo.

—No lo es. También usted llamará a Derek cosas raras en momentos cariñosos. Concretemos. Está demostrado que su esposo es infiel, delito imperdonable. Pero ¿por qué supone usted que piensa matarla? El divorcio es el legal y civilizado asesinato de los amores.

—Derek sabe perfectamente que yo soy capaz de renunciar a todo, a mi dignidad, a mi amor propio… pero no a él.

—Ya. Y por lo tanto, Derek ante la imposibilidad de divorciar, decide quitarla a usted del florido camino hacia Lulú. No hay que exagerar, estimada señora Murray.

—La noche del día en que le vi permanecer una hora en la casa de Loretta Grandpré, él adivinó que yo «sabía». Pero no le hablé de ello. Y al día siguiente fui a ver a Loretta. Fui correcta. Me limité a decirle que ya sabía quién era ella, y que le daba una semana para irse de Nueva York. Ella se sobresaltó, y antes que pudiera contestarme, abandoné su casa. Un momento más… y creo que la habría estrangulado.

—¿Le contó a Derek esta visita?

—No. Pero aquella misma tarde, un coche subió a la acera por donde yo pasaba y desapareció… Gracias a que un muchacho me cogió de los codos y me atrajo hacia él, no fui atropellada.

—No todos los conductores saben conducir.

—Eso pensé. Pero hace dos días, pasando bajo una ventana, un tiesto de flores estalló a medio metro de mis tacones. Había muchas ventanas y tuve miedo… Me fui sin indagar.

—Un tiesto mal colocado.

—¿Estaba mal colocado el pistolero que me disparó?

—¿Qué hacía usted en Harlem Connection a las seis y media, aproximadamente?

—Volvía del «Drive» donde había dejado mi coche, para que le hicieran un repaso general. Tenía los guardafrenos en muy mal estado, dijo el mecánico, y los aceites secos. Casi me reprochó ser tan descuidada. No pude decirle que sólo mi marido posee la otra llave del garaje donde guardamos nuestros dos coches.

—Empieza a estar interesante su caso, Vivian. Lo acepto. Usted ahora volverá a su dulce hogar, como si nada hubiera ocurrido. Dirá que perdió su bolso y que debieron robárselo, porque al oír un neumático estallar, tuvo miedo, y debilitada por su régimen, para guardar la línea…

—¿Cómo sabe que llevo régimen adelgazador?

—Porque es usted redondita como una manzana sabrosa, y no quiere convertirse en rolliza pera. Bien, sigamos. Dirá que perdió unos instantes el sentido, y un desconocido, la acompañó hasta este bar. Usted bebió, y sólo cuando yo me fui, diciendo que me llamaba Abraham Smith, notó la falta del bolso. Dirá lo mismo cuando la policía vaya a su casa, si es que no la está esperando.

—¿Por qué? Ah… Encontrarían el bolso.

—Y mañana, telefonearé. Diré que soy Abraham Smith. Y usted sabe que me pagará cien dólares si de muestro con testigos la infidelidad marital. Quinientos, si demuestro que es un asesino perverso. Mil, si le demuestro que no es un asesino y simplemente, tiene usted un poco de pasajera paranoica, más vulgarmente conocida por manía persecutoria.

—¿Es que no lo vió usted mismo? ¿Es que no dispararon…?

—¿Es que no estaba yo allí?

—Gracias por intentar tranquilizarme, pero no soy una paranoica.

—Hasta ahora, un coche que sube a la acera y un tiesto que cae, son poco para acusar a Derek. Y la rociada de balas, pudo serme destinada. Los dos estábamos en la trayectoria de tiro. En mi

profesión nos creamos enemistades. Ahora, me voy a ir, Vivian. Ignoro la mentalidad de su melódico maridito, pero se necesita ser muy poco musical, para intentar matarla.

—Gracias —sonrió ella, sin alegría.

—Las que usted acapara. Buenas noches. Y no salga de su casa, hasta que no le telefonee. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Recogió Chandler su abrigo y en el pasillo llamó a un botones.

—Busca un «taxi» para la señora que espera ahí dentro. La acompañarás tan pronto lo caces. Toma, y cómprate un bigote.

Esperó fuera Chandler hasta que comprobó que el «taxi» había sido cazado por el botones y que Vivian Murray iba en su interior.

Cogió otro, y una mueca irritada crispó su boca, al descender. Apoyado contra el quicio de entrada de la casa en cuya planta baja estaba la oficina «Chandler Investigaciones», Clark Murphy masticaba uno de sus pestilentes cigarros.

Llevaba dos sombreros. Uno en la cabeza y otro azul, bajo el sobaco.

CAPÍTULO III

—Dichosos los ojos, Murphy. Hace años que no gozaba del privilegio de verle. Podemos entrar por la puerta de mi uso particular, no destinada a los clientes, si es que quiere beber un trago conmigo. ¿O estaba esperando a mi secretaria?

Clark Murphy no contestó, limitándose a seguir al que introdujo una llave en la segunda puerta a la izquierda. Daba acceso a un despacho de mobiliario de claros colores, tapizado tresillo ámbar, y el mismo color en las paredes.

Colgando su abrigo en la percha, pasó Chandler tras la mesa. Pulsó un botón en un recuadro y dijo:

—Hola, Wally. No estoy para nadie, hasta nuevo aviso. Que la numerosa clientela se abstenga de formar tumultos.

Soltó el botón, sentándose. Clark Murphy acababa de colgar en la percha el sombrero azul, hasta entonces bajo su axila y vino a sentarse en el borde de la mesa, casi al lado del sillón ocupado por Chandler.

Las manos en los bolsillos del pantalón, arrugada la camisa, y con una mancha de grasa en la amplia punta de la corbata, donde el verde y el rojo entablaban una pelea violenta, Clark Murphy se contentaba con mirar al que sentado, rió divertido.

—Se merece el apodo, Murphy. Cuando fija usted las hermosas pupilas, comprendo por qué hay tipos muy duros de pelar, que desearían encontrarse a cien millas de usted.

—Las mismas que debería usted colocar entre Stromberg y su redomada y embustera personilla guapa.

—No seamos dos vulgares y molientes perros ladradores, teniente Murphy. Yo no soy un embustero, y le consta. Guapo, lo admito.

—¿Por qué se largó, dejando el sombrero debajo de una pared en la que se habían incrustado ocho balas?

—Intente usted quedarse en pie, aguantándose el sombrero, y apoyado en una tapia, mientras hay energúmenos disparando desde un coche que le pasa a toda velocidad a escasa distancia. Claro que, si llego a saber que estaba usted tan cerca como para ser tan amable de recogerme el sombrero… no echo a correr.

—El policía que recogió este sombrero, transmitió que llevaba en la badana una «K» y una «CH». Iniciales poco corrientes, y que cuando fué consultado el listín de «en observación», hizo que me llamaran a mí. Saben que usted me interesa mucho, Chandler. Me dieron el sombrero, cuando lo identifiqué como suyo. ¿Se decide a decirme la verdad?

—A las seis y media me encontraba yo en…

—Yo le dejé cuando me aseguró que iba a mover los pies, bailando.

—Cambié de idea. Pensé que era mejor que los moviera en Harlem y por lo visto los de Stromberg me seguían. Logré vaciarles la cámara de atrás. No identifiqué el coche ni los de dentro, aunque sí puedo ahora jurar que sólo iba el del volante, y otro atrás. Éste era el que manejó un escobón con silenciador y apagallamas. Un tubo demasiado largo, que al asomar me hizo arrojarme al suelo.

—Usted estaba allí, un sitio pintiparado para que lo acribillen, y me quiere hacer creer que fué por casualidad.

—Palabra de honor.

—¿De cuál clase? Porque su honor es cómo el arco iris. ¿Se ofende?

—Me es usted simpático, teniente. Y además no ofende quien quiere, sino quien puede. Concretemos. Yo conseguí demostrar que Stromberg intervino en la muerte de los contrabandistas de joyas, y se lo fui a declarar. ¿Es gratitud lo que usted respira?

—Stromberg se escondió, y la sola vez que le vieron, sin poderle coger, estaba en la Lexington conversando con usted.

—Ya le dije que me aconsejó que me olvidara de él.

—Y usted en vez de hacerle caso, lo sigue buscando, y tiene una pista que se calla, olvidándose que yo también busco a Stromberg.

—¡Para usted! ¡Se lo regalo! Juro por mi honor de primera clase, inencogible y con refuerzos en el tacón, que ignoro por completo

dónde está Stromberg. ¿Es que tengo cara de aspirante a criba?

—Me reservo la particular opinión que me merece su cara, porque tendría que emplear adjetivos, como bribón, pícaro y aspirante al pijama de rayas. Usted por varias veces ha estado a un pelo de perder la licencia. Quiero ahora creerle. No sabe dónde está Stromberg. ¿Tiene algo más que decirme?

—Una señora a la cual empujé, cuando vi que asomaba un tubo por una ventanilla del coche. Se desmayó, y por esto eché a correr, olvidándome mi sombrero. Necesitaba la señora urgente atención médica, fué lo que pensé. Se recompuso cuando bebió un trago en el «Seaside». Le dije que me llamaba Abraham Smith, y que soñó al creer que yo había disparado contra el coche. Pero me tomó por su salvador. Bonita de veras, del tipo señorial. Le reproché caminar a aquellas horas por tan mal barrio. Venía del «Drive», el garaje que todo lo repara. Quedé en telefonearla mañana, porque es de las que me gustan.

—Lo que me gustaría saber es cuál es el tipo de mujer que no le hace babear, entre los dieciocho y cincuenta. Escuche, Chandler, y es mi última advertencia. Si averiguo que se ha callado algo que pudiera conducirme a meterle mano a Stromberg, removeré cielo e infierno, pero usted irá a la cárcel.

—Tengo coraza contra los desengaños de los amigos ingratos…

—¿Amigos de qué? —rezongó, el que ya abría la puerta—. Lo seremos cuando rompa usted su licencia y pida el ingreso en la oficial. Mientras, sigo considerándolo un lagarto lleno de escamas resbalosas.

—Mejorando lo presente —sonrió Chandler.

La puerta se cerró con violencia desde fuera. Kent Chandler pulsó la conexión con el despacho de su secretaria.

—… Hola, Wally. Ya no hay moscardones. Ven. Y trae a Topsy.

—… El señor ignora que hay una visita.

Cuando Wilma Roberts hablaba refinadamente y no masticaba chiclé, es que había alguien presente y desconocido.

—… ¿Quién es, Wally?

—… La visitante se reserva la identidad, señor. Hace más de veinte minutos que espera.

—… El minuto reglamentario, Wally.

Kent Chandler se apartó de la mesa, para ir junto a la puerta de

comunicación con la antesala. Descorrió la mirilla.

El secreto observatorio, le permitió comprobar que la morena visitante no sólo no era Helen Sutton, como pensó, sino que además llevaba medias de gasa.

«Unas piernas pecadoras. La clásica arruinadora de hogares. Inspira travesuras. Morena fogosa y está sentada y tranquila… Kent, si esta despampanante provocación de morena, está celosa, debe ser un fenómeno de resistencia su…».

Se apartó porque la morena en pie, atendía la indicación del negrito Topsy, que la señalaba la puerta.

Kent Chandler intentó adoptar la postura de un reflexivo poseedor de cerebro laborioso. La puerta se abrió y Kent Chandler terminó de escribir:

> «Dar con Helen y saber qué diablos significa el citarme en el cementerio. Dar con Lulú. Echar un vistazo a Derek».

—¿Cómo está usted? —saludó la voz de contralto.

Levantó los ojos, cerrando el carnet de notas.

—Voy bien. Siéntese. Lamento haberla hecho esperar, pero estaba ausente.

A corta distancia, el rostro femenino era macizo, sensualmente modelado. Los negros ojos eran solemnemente serios. Tal vez un exceso de negro en las pestañas…

El cuello de la blusa cerrada hasta casi bajo las mandíbulas, era un acicate más, al tensar la seda, poniendo de relieve turgencias que demostraban escasez de artificio, porque acompasaban la respiración de la visitante.

La chaqueta del traje sastre, era de un color verde acertadísimo. Un turbante del color de las franjas altas de las medias.

—He titubeado mucho antes de visitarle, señor Chandler.

—No lo dudo. Lo vulgar y corriente no hace titubear.

—Me he esforzado en convencerme de que debido a su profesión, usted ha de ser discreto y estar acostumbrado a oír confidencias.

—De todas clases. ¿Quién le recomendó mi agencia?

—Oí comentar que usted tenía aceptación entre las mujeres… y era necesaria esta condición.

—Me gustaría sonrojarme, pero la verdad, siempre me deja el cutis inalterable. Dando pues, por hecho, que soy el que las enamora, ¿a qué se debe que usted considere necesaria esta supuesta fascinación que reboso?

Sonrió ella. Era una sonrisa trágicamente misteriosa…

—Quiero con toda mi alma a un hombre, y sólo veo un modo para lograr que vuelva a mí. Es un hombre romántico, y si comprueba que la mujer que lo ha apartado de mi lado…, acepta el galanteo de otro…

—Por partes. Yo soy un detective, no un «gigoló» a tanto el beso, o la bofetada.

—No es mi intención mortificarle. Un «gigoló» es un hombre poco viril. Usted carece de todo equívoco, señor Chandler. Mi proposición exige un hombre apuesto e inteligente. Acepto de antemano sus honorarios, y le quedaría eternamente agradecida.

—¿La que acapara el alma de su marido, de qué clase es?

—No es mi marido. Es mi novio.

—Nubes de verano, señorita Smith.

—Lana Atkinson. No son nubes de verano. Ella ha inspirado una pasión avasalladora en mi novio. Y tengo el presentimiento de que si Derek no vuelve a mí, ocurrirá…

—¡Un momento! Empecemos por el principio. ¿Cuánto tiempo hace que es usted novia de Derek Smith?

—Derek Murray.

—¡Castaña! —exclamó, sin poderse reprimir, Chandler.

Ella le miró interrogante.

—Pido excusas por mi falta de decoro, pero tengo entendido que existe un tal Derek Murray, compositor, casado, y con múltiples líos de faldas.

—Es compositor, pero no es casado. Lo sé porque mi padre fue al Registro Civil y consta Derek Murray como soltero.

Kent creyó oportuno rectificar.

—Me hice un pequeño lío. El compositor casado que yo conozco, se llama Derek, pero no Murray, sino Williams. ¿Dónde conoció a Derek Murray?

—En un balneario de Plattsburgh. Un sitio encantador, cerca de

la frontera canadiense.

—He oído hablar de Plattsburgh. Todos los amantes de la nieve de este Estado allá van, si sus medios se lo permiten. ¿Cuánto tiempo hace?

—Tres semanas se cumplirán mañana. Prometió que nos casaríamos a principios del entrante mes. Y le he visto con otra mujer, en su coche parado. Era visible su amoroso avasallamiento.

—¿Rubia la rival?

—No, no… Tiene el mal gusto de teñirse el cabello de caoba.

—¿Fea y romántica?

—Se llama Loretta Grandpré.



Es peligroso, sigo amando a Dereck...

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho Derek… y además me ha dicho que si vuelvo a espiarle, me matará. Lo dijo en un momento de apasionamiento, porque tiene arrebatos. Me hizo jurar que no le seguiría nunca más, y que durante unos días, hasta que me avisase, teníamos que dejar de vernos. Se limitó a afirmar que Loretta Grandpré era su ilusión

suprema.

—Un poco cínico el compositor, ¿no?

—Es un artista de temperamento.

—Ya… Concretemos. Usted desea que yo demuestre a Derek, que su suprema ilusión está desenfocada, y que Loretta es casquivana, coqueta y voluble. ¿Ha pensado en que existen varios obstáculos?

—Usted es detective.

—Primer tropiezo. Soy guapo, pero no tanto. Loretta me echa un bufido a mi galanteo.

—Yo pensaba que usted tendría trucos para que la evidencia, aun contra la voluntad de Loretta Grandpré, la acusase.

—Estimada Lana Atkinson… ¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años —sonrió ella, ambiguamente.

—De alivio. ¿Conque así tan suavemente, viene a proponerme una inmundicia? Yo tengo muchos trucos, a su disposición personal, pero el que me sugiere para comprometer la reputación que ignoro de Loretta Grandpré, tiene otro tropiezo, si aceptase ser tan abyecto. Llega Derek, temperamento de artista… Porque naturalmente, ha de ver que un hombre está estrujando su suprema ilusión… Se desfoga matando a alguien… Oiga, tesoro, y por si no se lo ha dicho su papá, ¿sabe usted que tiene más mala intención que una tigresa con una espina en el pescuezo?

—Quiero que Derek pierda la fe en Loretta. Y estoy dispuesta a pagar lo que usted me pida.

—Repítamelo de una a tres esta madrugada.

Lana Atkinson se levantó. Fulguraban sus ojos con mayor intensidad que sus ondulados cabellos.

—Es usted un despreciable sujeto. No le abofeteo, porque…

—Vuelva a sentarse, Lana. Fue la prueba, y su respingo ha sido netamente sincero. Lo siento, pero quería comprobar con quién estaba yo perdiendo el tiempo. Demos pues, por concretado, que Lana Atkinson es decente a carta cabal, y que tan sólo su amor hacia el afortunado bribón de Derek, le ha impulsado a hacerme una oferta algo despreciable… pero tiene excusa. Ya lo dice la Biblia, que la mujer extraviada en amores, pierde el buen juicio.

Ella había vuelto a sentarse, pero continuaba mirando con decreciente rencor de mujer ofendida, al que prosiguió:

—Usted desea que yo me informe de la posible hora en que Derek Murray visita a Loretta, y me cuele de modo que al entrar, Derek Murray lance sapos y culebras por ojos y boca, llamando infame y otras lindezas a su suprema ilusión. Un trabajito sucio.

—Loretta es una aventurera. No debe usted suponer que si yo supiera que se trataba de una mujer decente, toleraría esto que llama usted un trabajito sucio.

—¿Cómo sabe que Loretta es una aventurera?

—Hay cosas que un hombre no puede adivinar. Las mujeres, sí.

—Deme su teléfono, Lana. Cuando haya averiguado los antecedentes de Loretta Grandpré, le diré si estoy dispuesto a derrumbar la ilusión suprema de Derek Murray.

Ella tendió una tarjeta, manifestando:

—Me alojo con mi padre en el «Waldorf». ¿A qué hora piensa telefonearme?

—Puedo necesitar uno o dos días. Buenas noches.

Ella en pie, miró con vacilación al que estaba a su lado.

—Dígalo sin temor, Lana. No me ofendo.

—Es que me han dicho que a veces los detectives se pasan a la parte contraria…

—Cuestión de gustos. Yo le garantizo que usted me gusta un rato largo. Mucho más que Derek y su Lulú.

—¿Cómo sabe usted que él la llama Lulú?

—Experiencia en estos casos. Seguramente él la llamaba a usted «Naná» o «Lalá». ¿Y usted, cómo sabe que él la llama Lulú?

—Estuve lo suficientemente cerca del coche…

—Ya… Será cuestión de ir pensando en formar un Sindicato de Celosas, si Derek sigue dejándose arrebatar por su temperamento. Antes de que le abra la puerta y se esfume su magistral arquitectura, me agradaría saber en qué exactos términos la amenazó de muerte Derek.

—Me dijo textualmente: «Si comprometes mi relación con Loretta, te juro, como existe infierno, que soy capaz de matarte».

—Buenas noches, señorita Atkinson.

Lana Atkinson sonrió, salió, y cuando Chandler se disponía a cerrar la puerta, un agudo grito femenino detuvo su gesto. Se oyó el desplome de un cuerpo, tras que la voz de contralto, atiplándose al chillar, exclamó:

—¡No, Derek, no!

Capítulo IV

Kent Chandler cerró suavemente la puerta y descorrió la mirilla. Iba por fin a conocer a aquel insaciable amador, que usaba un sistema muy especial para reprimir los celos justificados amenazando de muerte.

En la antesala, vió a su secretaria Wilma Roberts, en pie, mirando con atención como si presenciara una escena culminante de un buen film.

El negrito Topsy había acudido servicial, pero el hombre del que sólo percibía Chandler las amplias espaldas, decía:

—No seas truculenta, cariño. Tropezaste con una silla, al retroceder, y maltrataste tu garganta al emitir una nota que está por encima de las facultades naturales de tu fascinante voz.

De lado, en la silla que había cortado su retroceso, Lana Atkinson, reaccionó con plena lógica femenina.

—Celebro que me sigas, Derek. Es un progreso.

Se levantó ella, porque el hombre que estaba de espaldas, la cogía de un codo, diciendo:

—En privado, estarás más cómoda para burlarte de mí, cariño.

Una voz acariciante, pero autoritaria. Lana Atkinson, en pie, no intentó apartar la mano que la conducía hacia la puerta. Dijo:

—Soy muy libre de acudir a un detective privado, para mis asuntos privados, ¿o no lo soy, Derek?

—Naturalmente, cariño. Por completo, cariño.

Topsy cerró la puerta tras la extraña pareja, y sólo entonces abandonó Chandler su mirilla, para abrir la puerta de su despacho.

—Echa el pestillo, copo de harina. Hay trabajo para vosotros dos esta noche. Primero, dime, Wally, cuál es tu opinión acerca del fluido magnético de este visitante.

Wilma Roberts poseía una vulgar personalidad de jovencita falsamente ingenua y sinceramente llenita. Pestañeó para susurrar:

—¡«Geee»! Cuando el fulano entró y endilgándome el foco de sus pupilazas, me dijo que esperaría, me dieron palpitaciones trepidantes. Este fulano es de la categoría de los que arrastran al Limbo a cualquier pobrecilla soñadora. Usted va poco al cine, jefe… pero seguro que ha visto la película «Casablanca». Pues este fulano es en mejor, un Paul Henreid, ¿se da cuenta? Parece suave, pero no lo crea. Es puro acero forrado de bonito terciopelo.

—Se llama Derek Murray, y es compositor. Has de enterarte de cuanto puedas acerca de él y procura hacerlo con vista, porque se me antoja que carece de miramientos con el sexo opuesto. Escampa, Wally. No regreses hasta mañana. Tengo trabajo esta noche.

Wilma Roberts recogió su bolso, su chaquetón y la boina. Mientras se iba hacia la puerta, Kent Chandler volvió mentalmente a preguntarse, por qué aquella criatura tenía tanto éxito entre caballeros distinguidos. ¿Ley de contrastes?

El negrito reía silenciosamente, mostrando el teclado dental.

—Cuéntame el chiste, copo de nata.

—Estuvo bueno, jefe… La señorita morena, tenía un miedo grande, y sin embargo, el caballero elegante, sonreía con cariño.

—Hay cariños que matan, Topsy. La señorita morena reside en el hotel «Waldorf». ¿Conoces alguien en el «Waldorf»?

—A Jericho, el de ascensores. Y a Crichton, el de la calefacción, jefe.

—Escampa y averigua todo lo que puedas de la señorita Atkinson y su papá. Hasta mañana a las nueve.

A solas, Kent Chandler se instaló en el sillón donde habitualmente Wilma Roberts atendía la centralilla y las visitas, separadas de ellas por un tabique de madera de un metro de altura.

Si no le fallaba el proceso deductivo, no tardaría en visitarle Derek Murray. Miró el bloc de anotaciones de Wilma. En la página correspondiente a la fecha, leyó:

«A las siete, llama una tal Helen. No pudo acudir a la cita, pero llamará cuando esté el jefe».

Helen Sutton que le había citado a las seis y media en Mount Morris y que a las siete…

Descolgó el teléfono.

—… ¿Es la Agencia Chandler? —preguntaba una voz femenina.

Kent Chandler se colocó delante de los labios su pañuelo. Afinó sus cuerdas vocales para imitar el tono dulzón que Wilma Roberts empleaba con el convencimiento de que «hacía refinado».

—… Habla con la secretaria de la Agencia Chandler. Diga, por favor.

—… Conécteme con el señor Chandler.

—… El señor Chandler no vendrá hasta las nueve. Me ha ordenado que deje sobre su mesa, los asuntos pendientes, y me disponía a marcharme. ¿Desea anote su llamada?

—… No hace falta. Telefonearé a las nueve. Gracias.

—… A su servicio, señora.

Colgó Chandler, y se dio aire con el pañuelo. Desde las cinco y media de la tarde, Helen Sutton demostraba un nervioso y súbito interés por su persona.

Ahora, Helen Sutton quedaba convencida de que Kent Chandler estaría solo a las nueve en su despacho.

Miró su reloj. Las ocho y diecisiete minutos. Fué a descorrer el pestillo, dejando solo encendida la pantalla sobre la mesita de recepción. Entró en su despacho, cuya puerta cerró, para ir a sentarse tras la mirilla, que le había evitado numerosas sorpresas desagradables.

Sonrió porque consideraba completamente contradictorias su evocación de Helen Sutton y la maniobra a que se estaba dedicando. Una maniobra que le había enseñado un viejo detective meses antes de ser atropellado incidentalmente o premeditadamente por un camión.

Había sacado una pistola que parecía de juguete porque la culata, no rebasaba la cara interna de la muñeca derecha, y el plateado cañón no era más largo que la palma de la diestra.

El viejo detective que por simpatía había dado a conocer a Chandler aquel recurso, especificó que era conveniente dedicar cada noche, antes de acostarse, unos minutos al ejercicio en que todo debía funcionar como una máquina de precisión.

Dijo que era de tanta importancia vital como la gimnasia

respiratoria al despertarse, y el botiquín portable. Era muy astuto, pero no podía defenderse contra las cinco toneladas de un camión surgiendo de una esquina a toda velocidad.

Se colocó primero Chandler el anillo, pieza esencial. Por su cara externa, aquel anillo era un magnífico sello de plata labrada, y mientras la mano permaneciera semicerrada, la pistola quedaba con la culata en contacto con la cara interna de la muñeca, y el cañón entibiándose en la palma.

Pero al abrirse la mano, un gesto que no provocaba ningún recelo, el muelle que desde el anillo se unía el guarda gatillo, se tensaba, y la pequeña pistola efectuaba un salto, deteniéndose al obstáculo de los dedos de nuevo crispados.

Un entrenamiento de cinco minutos nocturnos, daba la perfecta sincronización del muelle, viaje desde la muñeca a la palma, y los tres dedos deteniendo la culata, mientras el índice penetraba en el guardagatillo.

Era infalible la sorpresa que producía aquel pequeño juego de manos. Casi risible… porque la impresión que recibía el que se creía dominando la situación, era semejante a la del cazador viendo que la liebre en vez de cumplir con su obligación, le encañonaba una escopeta hasta entonces invisible.

Uno de los así sorprendidos, declaró que el efecto causado, aparte el estruendoso de la detonación fulminando como un rayo en el cielo azul, era el de que Kent Chandler, «el maldito tramposo» disparaba empleando por cañón un dedo, y por balas, sus propios huesos de la mano.

Mientras su diestra seguía ejercitándose en tensar y aflojar el muelle, con el gesto que parecía provocado, por un calambre, Kent Chandler atisbando por la mirilla, se dedicó a analizar su relación con Helen Sutton, tratando de averiguar mentalmente, dónde encajaba la figura de Rudolf Stromberg en reciente complicidad con Helen, de los Sutton, de Park Avenue.

La había conocido meses antes, en una «puesta de largo». Él se encontraba en la lista de invitados, por la razón de que cobraba honorarios crecidos, para resolver al dueño de la casa, un difícil asunto de chantaje, que giraba en torno a una supuesta menor de edad. Logró demostrar la mayoría no sólo en edad, sino en antecedentes de la chantajista.

Bailó con una frágil y vaporosa filigrana, que le presentó el atribulado anfitrión, no sin recalcar que Helen era de los Sutton, haciéndole pensar a Chandler que los Sutton debían de ser algo así como los «Rolls-Royce» del escalafón social.

Consideró ella muy original que aquel excelente bailarín, fuera prácticamente un agresivo investigador. Y de vez en cuando, Helen Sutton le citaba para hacer excursiones por fuera de la ciudad, en busca de un parador o salón de baile, en que pudieran charlar, entre ritmo y melodía.

Él no se ofendió cuando ella, titubeante, le expuso la dificultad de entrevistarse en sitios donde fuera reconocida la heredera de los Sutton.

Era pues lógico, que le citara a las seis y media en un paraje desierto, pero donde la lógica brillaba por su ausencia, era que a la misma hora apareciera un coche con un sembrador de balas.

Era imposible que por su propia voluntad Helen Sutton, consintiera en servir de señuelo a los planes de Rudolf Stromberg que había prometido no se iría de los Estados hasta no liquidar al que desenmascaró su negocio, cuyo inicio tuvo lugar con el asesinato de un corredor de piedras preciosas.

¿Los «gallos» de Stromberg aterrorizando a Helen Sutton?

Dejó de manipular manteniendo la diestra a plano sobre su muslo. La profesión de investigador requería imaginación, pero esta cualidad era molesta «antes» de comprobar sus elucubraciones.

Porque súbitamente acababa de recordar que también a las seis y media pasaba por la Harlem Connection, Vivian Murray…

¿Helen Sutton cómplice de Derek Murray, que pretendía librarse de una esposa atosigante? Lana Atkinson pretendía que Murray era soltero, según constaba en el Registro Civil. ¿Por qué pues, Vivian Murray se declaraba esposa del compositor? Era un dato fácilmente comprobable.

Pero antes de profundizar en el trío Vivian-Loretta-Lana y el extraño amador de voz acariciante y autoritaria, era preciso terminar con el peligro que suponía Rudolf Stromberg.

Como sentenciaba el viejo detective reducido a pulpa por un camión, «llevar dos casos a la vez, es como aliñar nueces con miel y pimienta».

Miel y pimienta. Una definición bastante exacta de Helen

Sutton, la que hacia las nueve telefonearía… a menos que fueran los «gallos» de Stromberg los que tratasen de visitar clandestinamente y en el mayor incógnito, las oficinas de la Agencia Chandler.

Kent Chandler percibió en sus venas el tibio fluir precursor de emociones placenteras, porque estaba intoxicado con una droga especial: para no aburrirse viviendo, necesitaba ver rondar la muerte.

Y aquella puerta abriéndose lentamente, empujada por mano cautelosa desde fuera, podía ser el simbólico prólogo de una acción violenta que le permitiera entregar al teniente Murphy al cobarde y brutal Stromberg.

La puerta volvió a cerrarse, sigilosamente. Sólo un hombre era el visitante poco ruidoso. Se fue acercando a la segunda puerta, a cuyo lado, Kent. Chandler pudo a placer detallar al visitante.

Alto, de amplias espaldas, rostro de intelectual, frente despejada, boca sensitiva, grandes ojos soñadores… Reconoció a Derek Murray por el magnífico abrigo «raglán» y el sombrero de castor.

En la puerta, repicaron los nudillos del compositor, Kent Chandler permaneció sentado. No pensaba dedicar su atención a Derek Murray, hasta no haber resuelto el enigma de la arbitraria conexión entre Helen Sutton, de Park Avenue y Rudolf Stromberg, el acosado pistolero.

Los nudillos volvieron a repicar espaciadamente. Kent Chandler reprimió sus deseos de bostezar. Era curioso que la sensación de inminente peligro le diera siempre un vacío en el estómago, incitándole a bostezar.

Derek Murray volvió a penetrar en el campo de observación de la camuflada mirilla. Se encaminaba hacia la zona en que habitualmente, Wilma Roberts atendía llamadas y visitas.

Empujó el panel que oficiaba de puertecilla, y examinó bajo la pantalla, los diversos objetos de escritorio de la mesita. Cogió un lapicero, y fue escribiendo sobre la hoja de block.

Dejó caer el lápiz, y abandonó la antesala. Kent Chandler trató de no ser envidioso al retratar psicológicamente al compositor.

Era clásicamente un hombre «difícil». Sus ojos podían parecer soñadores, si hablaba de amor, pero mientras se acercaba a la puerta, tenían la expresión recelosa y poco amable que Kent Chandler observara cierta vez en las pupilas de un leopardo a quien

en el «Zoo» un supuesto gracioso le arrojó una cáscara de melón.

No debía ser nada melódico Derek Murray cuando alguien le importunaba. Y sería uno más de los que consideraban que los detectives privados eran seres de una fauna de granujas vividores, con los que las contemplaciones eran superfluas.

Dominó su curiosidad que le incitaba a echar un vistazo a lo escrito por Derek Murray, en el bloc de notas de Wilma Roberts.

Rondaba la aguja minutera el número once, mientras la horaria rozaba el centro del redondo nueve.

Miró el aparato supletorio al alcance de su diestra, que había colocado, en conexión, para no verse obligado a abandonar su observatorio, cuando Helen Sutton llamase.

Era un truco muy gastado. Obligar a una aterrorizada muchacha a llamar, puntualmente, y mientras un par de fornidos muchachotes con malas intenciones, penetraban y sorprendían al incauto con el auricular pegado a la trompa de Eustaquio.

Sonrió Chandler, y su mueca tuvo gran semejanza con el rictus sádico del lobo que acecha al torpe oso bamboleándose por un camino despejado, presentando sus carnosas espaldas al mordisco que surgirá entre matorrales.

Retintineó el teléfono… Lo cogió Chandler con la mano izquierda. Era la voz de Helen Sutton.

Kent Chandler miraba hacia la puerta, que permanecía inamovible.

—… ¿Kent? Soy Helen.

—… Todo tuyo, Helen. Y me alegra poder decirlo, porque tuve la mala ocurrencia de interponerme en el camino de una damita a la que alguien quería asar desde un coche.

—… ¿Estás… herido?

—… Completamente ileso y siempre suculento.

—… Es necesario que te vea con urgencia, Kent. Mi hermano no quiere creer que lo nuestro es sólo una amistad.

Kent Chandler sonrió… ¿Hermano? Una voz varonil sustituyó a la de Helen.

—… Habla Algernon Sutton, señor Chandler. Le ruego acceda a recibirme con mi abogado. Es preciso dejar bien ultimado…

Kent Chandler atajó:

—… Pasen cuando quieran. Estoy solo, y hasta las diez, no voy a

cenar.

Colgó. La puerta seguía sin moverse… No estaba mal. Los «gallos» de Stromberg, al fracasar en su rociada de balas, seguían empleando a Helen Sutton, y esta vez con habilidad.

Se fingirían respectivamente hermano y abogado. Un caso corriente. La honorable familia de Park Avenue, sabedora de que un plebeyo y rastrero investigador, se entrevista con un miembro femenino y adolescente de la casta Sutton, decide evitar el oprobio de que el pasajero romanticismo de la aburrida Helen, termine en boda.

No estaba mal planeado. Hermano y abogado. Justificaba la aparición de dos enérgicos ciudadanos, y mientras él, confiadamente, entablaba discusiones legales y de amigables componendas, cualquiera de ellos dos, el que se fingiría hermano o tal vez el abogado, le inutilizaría con un golpe alevoso.

Y despertaría delante de Rudolf Stromberg, sin que esta vez fuera un muro el que recibiera los balazos…

Recordaba que en cierta ocasión, Helen Sutton le había susurrado que aquel hombrecillo enteco y con gafas que bajaba de un soberbio «Pontiac», era su hermano Percival.

La puerta se abrió, y dos individuos penetraron en la antesala. Ninguno de los dos era débil ni llevaba gafas…

Entre los dos, estaba Helen Sutton, asustada…

Kent Chandler catalogó como más digno de atención al pelirrojo de cuadradas mandíbulas. El otro, rubio y atildado, tampoco era de desdeñar, pero seguramente sería el pelirrojo el «activo».

Descorrió suavemente el pestillo, y fué a sentarse tras la mesa, adoptando una postura meditativa, abierto sobre la carpeta un manojo de folios, que le permitía apoyar en ellos la plana diestra, en evitación de que se enroscaran cerrándose de nuevo.

Su mano zurda quedó muy visible también, repicando sobre el liso cristal que cubría la madera.

Cuanta más luz, mejor. Pulsó los tres contactos, y el despacho quedó profusamente iluminado, a la vez que respondía a la llamada:

—Adelante, Helen.

CAPÍTULO V

Helen Sutton, diecinueve años primorosos, figuraba en las crónicas sociales con el sincero adjetivo de bonita. El reportero mundano no tenía que escarbarse el seso en busca de eufemismos que paliaran la ausencia de encantos físicos.

Eran muy visibles los físicos imanes de Helen Sutton. También era evidente su mirada asustada…

A cada lado, los dos hombres, miraron con altivez reprobadora al que sentado, invitó:

—Tomen asiento.

—Preferimos ser breves, Chandler —dijo el pelirrojo.

Kent Chandler rió y mentalmente replicó:

«Eso te figuras, zanahoria».

—Casualmente, esta tarde oímos cómo Helen le daba a usted una cita y quedó con ello demostrado que mantiene con usted una amistad que debe cesar. Soy Keneth Mac Carey y represento los intereses legales de la familia Sutton. El caballero que me acompaña es Algernon Sutton, hermano mayor de Helen.

«Un actor magnífico, que ha fallado su carrera —sentenció Kent, para sí—. Sabe caracterizarse de leguleyo aristocrático. Ya me advirtió Murphy que Stromberg emplea buenos "gallos"».

—¿Y tú qué dices, Helen?

Ella se había sentado, pero los dos hombres permanecían en pie.

—Yo… me avergüenza, Kent, que te traten así…

—No te apures, nena. Me consta que no vienes a gusto, y por tu voluntad, sino casi violentada. ¿O me equivoco, Mac Carey?

—Helen es menor de edad, y existe una disposición de cuyo contenido legal quiero darle conocimiento, Chandler.

—Me está usted molestando, Mac Carey. Prefiero que hable

Algernon Sutton. ¿De qué me acusa, Algernon Sutton?

El interpelado envaró más su corpulenta estatura.

—Consideramos ilícito su proceder, Chandler, al entrevistarse clandestinamente con Helen. Un caballero bien intencionado…

Se interrumpió, porque Kent Chandler reía con regocijo de áspera tonalidad.

—Los caballeros bien intencionados pertenecen al siglo quince, amigos. Esta farsa es ridícula. Seguramente ahora me pedirían que firmara, por ejemplo, el recibir unos miles de dólares, comprometiéndome a no entrevistarme más con Helen…

—En efecto —atajó, secamente, el pelirrojo—. He de advertirle, Chandler, que le favorecerá más no ser desagradable. Puedo emplear muchas influencias y perjudicar su profesión. La familia Sutton me ha facultado para ofrecerle cinco mil dólares, a cambio de firmar un documento plenamente demostrativo…

—Un momento. ¿Dónde he de firmarlo?

—Aquí, si quiere, o acompañándonos a mi despacho —dijo el pelirrojo.

—Ya… ¿Y por qué no han venido solos, en vez de tener atemorizada a Helen?

El rubio hundió la diestra en el bolsillo de su abrigo… Kent Chandler crispó levemente la diestra sobre los folios…

Extrajo el rubio una carterita, que echó sobre la mesa. Dijo:

—Tenga la bondad de cerciorarse de su contenido. Firme el documento que ha elaborado el señor Mac Carey y al que se adjunta un cheque por cinco mil, y nos ahorraremos todos molestias desagradables.

Kent Chandler empujó con la zurda la carterita.

—Prefiero no perderles de vista, amigos. Mi profesión me ha hecho muy receloso, infectamente suspicaz. ¿Por qué no han dejado que Helen viniera a solas?

—Quise venir… Kent. Pero no me dejaron. Y hazlo por mí, Kent… Te pueden perjudicar.

—Querer no es poder, Helen. Yo creí que tu hermano se llamaba Percival y usaba gafas y cuerpecito de mequetrefe. Este nuevo hermano tuyo posee cerca de ochenta kilos bestialmente repartidos. Hazme un favor, Helen… Sal de este despacho, y espera en la antesala. ¿O hay algún inconveniente, amigos?

Keneth Mac Carey tocó en el hombro a Helen Sutton.

—Obedece, Helen. Posiblemente el señor Chandler, como es razonable suponer, preferirá tratar particularmente con nosotros.

—Dió en el clavo, Mac —sonrió Chandler.

Ella se levantó, como inmensamente aliviada, y casi corrió hacia la puerta…

«—Ya me creen maduro. Y seguramente habrá un tercer "gallo", fuera para retener a la secuestrada»…

—Ustedes me proponen echar un vistazo a papeles. Yo les voy a proponer un juego más sencillo. Consiste en alzar las manos, y entrelazarlas tras la nuca. Pierde el que separa las manos, y gana el que como yo, les presenta la mano abierta.

En pie, Kent Chandler abrió la diestra, y los dos visitantes miraron con repentina alarma el plateado instrumento morillero.

—Vuélvanse de espaldas y sean buenos. Cuando les quite la artillería, estaremos más cómodos.

Algernon Sutton giró sobre los tacones, manteniendo muy en alto los brazos. El pelirrojo abogado, cruzó los suyos.

—¿Está usted loco, Chandler?

—Una locura muy especial. Me da por apretar el gatillo… ¿No se lo explicó Stromberg? No sea obtuso, zanahoria. Si habían de llevarme a ver a Stromberg, iremos de todos modos, pero ustedes dos me van a servir de parapeto.

Keneth Mac Carey, imagen de la viva indignación contenida, brazos cruzados, resopló:

—Si no está usted loco, está borracho.

—Imite a su compañero de fatigas, pelirrojo, o le alojaré un plomo en el alón. ¡Media vuelta, «marr…»!

Keneth Mac Carey dió la media vuelta, con enérgica precisión. Brazos en alto, proclamó:

—Presentaré una demanda judicial y obtendré que le declaren sujeto pernicioso para la sociedad…

Kent Chandler que por la espalda se iba acercando a los dos hombres manos en alto, encorvó el cuerpo, encañonando hacia la puerta.

Entró Clark Murphy, que manos en los bolsillos, abullonada la camisa sobre el estómago, masticando un negro y retorcido cigarro, saludó:

—Hola, Chandler. Y ustedes, caballeros, dejen de intentar coger el techo con las manos. Me llamo Murphy, de la Sección Criminal, señor Mac Carey. Respire y recobre su habitual parsimonia. Usted, señor Sutton, reúnase con su hermana. Me ha explicado ella la oferta que vinieren a hacerle a este belicoso Adonis. Es ofensivo proponerle dinero, a un sujeto como Chandler. Yo garantizo que no les hubiera sentado mal una paliza, y a que Chandler es un sinvergüenza, pero de buena clase. No se preocupen por Helen, ya que Chandler no es un buscadotes.

—¡Si… usted es oficial de la policía… no puede permitir que este individuo se comporte como un loco…! —barbotó el abogado.

—Tiene atenuantes. No les tocó, y dada su profesión, siempre sospecha enemigos. Le daré toda clase de explicaciones en el terreno que elija, señor Mac Carey, pero le advierto que ofrecer un cheque a quien nada pidió, amenazándole con perjudicarle en su carrera, puede acarrearle molestias, si se ventila públicamente. Buenas noches, señor Mac Carey, Considéreme su atento y seguro servidor.

El abogado, recogiendo la carterita echada sobre la mesa por Algernon Sutton, abandonó el despacho.

Kent Chandler, quitándose el anillo, colocó en su bolsillo la pistola diminuta y el muelle.

—Casi me ha protegido de la calumnia, Murphy. ¿No le avergüenza escuchar tras la puerta?

—Estaban ellos metiendo el remo, y usted la pata. Los honorables Sutton y su testaferro jurídico Mac Carey, no tienen la menor relación con Rudolf Stromberg y pandilla, que a las seis y diez minutos, tras un pequeño fogueo, han sido atrapados en la frontera canadiense. No me lo comunicaron hasta las siete y cuarenta. Había que identificar cadáveres.

—¿A las seis y diez en la frontera canadiense? Entonces…

—Exacto. No pudieron ellos tirotearle a las seis y media en Mount Morris. Vaya pensando pues, en otros elementos a los que usted inspire antipatía, No, no… La familia Sutton no emplea pistoleros para eliminar a un posible e indeseable yerno.

«Vivian Murray tenía razón —pensó Kent—. Era a ella a quien destinaban la serenata de plomo»…

—Tendré que examinar esta noche la numerosa lista de aquéllos

a los que no inspiro simpatía —dijo—. ¿Le incluyo?

—A ratos no me repugna la idea de asesinarle, Chandler.

—Le noto muy contento. Ha terminado, por fin, el caso Stromberg.

—Redada completa. Y compruebe que es mejor pertenecer a la policía oficial. A ninguno de nosotros le vendrían a ofrecer cinco mil dólares para cerrar el generador de fluido magnético y cortacircuitar el cable que inflama corazoncito de rica heredera. ¿Entonces usted supuso que Helen estaba siendo empleada por los «gallos» de Stromberg? Oiga, Chandler… ¿me permite que me ría?

—No mejorará de aspecto, Murphy —sonrió cordialmente, Chandler.

—Deje en paz a Helen Sutton. En el fondo, Mac Carey tenía razón al decirle que pude perjudicarle. Si yo supiera que usted quiere casarse con Helen, no le aconsejaría, pero usted no se casa ni consigo mismo. Ya que Stromberg y su pandilla está a buen recaudo, ¿por qué no presenta usted su demanda de ingreso en plantilla oficial?

—Quiero volar con mis propias alas, teniente. Y le agradezco el haber defendido mi honorabilidad ante los prejuicios de Mac Carey.

—No lo haga.

—¿El qué?

—Percibo en sus ojos un chisporroteo rencoroso. Y si bien los Sutton y Mac Carey se lo merecen. Helen no tiene la culpa de haberse enamorado de un bribón como usted. Déjela en paz.

—¿Y si yo estuviera enamorado como un colegial de Helen?

—No sea embustero. Usted está enamorado hace años de una sola persona: de usted mismo. Bien, bien… ¿No tiene nada que comunicarme?

—Mi ferviente y entusiasta enhorabuena por haber terminado el caso Stromberg. Le invito a cenar.

—Me espera mi mujer. Hasta la vista, Chandler. No se moleste, conozco el camino.

—No es molestia, sino placer.

—¿Perderme de vista? —rezongó, en la antesala, Murphy.

—Su oportunidad es proverbial, teniente Murphy. Tal vez de no llegar a tiempo, estaría yo en una celda, meditando sobre los inconvenientes de agredir a un abogado y a un honorable Sutton.

Hubiera sido una propaganda estupenda. ¿Se da cuenta? «Enamorado acérrimo que desnuca a los representantes de una dignísima familia…».

Pero Clark Murphy estaba ya fuera.

Kent Chandler se dirigió a la mesita, para coger el bloc donde escribiera Derek Murray. Silbó entre dientes al leer:

> «Derek Murray amistosamente saluda a la Agencia Chandler, participando que mis intimidades son dominio plenamente secreto, considerando personal ofensa las ingerencias de sabuesos entrometidos. Ruega pues encarecidamente, olviden por completo a Lana Atkinson».

Desde muy pequeño, Kent Chandler manifestó una terca propensión a disfrutar llevando a cabo todo aquello que le prohibían…

Un vicio que con los años se había solidificado. Eran ya dos las personas que incluía en su lista de «mentecatos aborrecibles»; el abogado Keneth Mac Carey y el compositor Derek Murray.

CAPÍTULO VI

Salvo circunstancias excepcionales, Kent Chandler consideraba que la hora de cenar era el único instante solemne del día. Para quien como él desayunaba y almorzaba con horario irregular en cualquier automático, constituía casi un rito, hacer reposar músculos y cerebro, entre nueve y media y once, en los tres invariables cenadores elegidos después de recorrer los muy variados templos del gastrónomo existentes en Nueva York.

Los íntimos de Kent Chandler sabían que alternativamente, éste cenaba en el «Lafayette», cocina francesa, cerca de Washington Square, las noches que se encontraba «boca fina».

En el «Fornos» de la 52 Oeste, cuando apetecía una cena sólida, con tortilla mejicana como pan y arroz a la valenciana, las noches en que suponía que serían agitadas y efectuaría así la digestión de la cocina española.

Y las noches en que estimaba casi necesario oír comadreos, iba al «Toots Shore’s», frente al «Rockfeller Center», donde acudían las celebridades de la pluma y el elenco de moda de la constelación cinematográfica.

El dueño, Toots, pesando un poco más de las once arrobas, no desdeñaba beber un legítimo mosto de cualquier nacionalidad, con cualquiera de sus preferidos clientes.

Para Toots, Kent Chandler era un pintoresco aspirante a cadáver. Lo mimaba personalmente, oficiando con solemne dignidad, como en un velatorio.

Acudió con extraña ligereza para su peso, y como siempre le dió a Chandler, la impresión del anuncio de los «Michelin», dotado de hélices en los tacones.

Imperiosamente llamó Toots a uno de los camareros. Y dictaminó:

—Sopa de tortuga de la casa, «andouillettes» de la casa, tortilla de sesos al *kirsch* y media de borgoña 19.

El camarero tomando nota, se alejó, Toots comentó:

—Esta noche de estrenos, acude poco sibarita, señor Chandler.

—Lo celebro porque así juzgaré de nuevo la resistencia de las sillas, pontífice estomacal.

Toots se sentó, mirando con ojillos vivaces a los comensales distribuidos espaciadamente por el amplio salón de tres rellanos.

—¿Conoce a un compositor llamado Derek Murray, Toots?

—Muchas orquestas se han disputado el relativo honor de llevar en exclusiva «Primavera Triste» y «Risueño Otoño», y hay críticos que califican a Murray como el Debussy del *jazz*. Personalmente, le ignoro, y no debe ser selecto en la mesa, porque aquí nunca ha venido.

—¿Es buena su música? Usted entiende.

—Da la impresión de un espíritu atormentado, y hay arpegios que son degeneraciones de sinfonía. Algo así como si el compositor empezase con el propósito inspirado de crear una gran sinfonía y llevado de imperativos comerciales, abandonara el impulso inicial para prostituirse. Como si yo, en vez de garantizar esta sopa que usted paladea, me conformase con adquirir botes de conserva, renunciando al esfuerzo que exige la continuidad de la creación.

—Es usted epopéyico, Toots. ¿Conoce a un forastero llamado Atkinson?

—Si se refiere al Mayor Atkinson, se honra acudiendo alguna que otra noche, muy espaciadamente. No puede olvidarse a la hija del Mayor Atkinson. Él es británico, y su hija nació en Singapur. Son poco habladores.

—¿Y a un tal Keneth Mac Carey?

—Un abogado enfático y engreído. Es asesor de varias familias aristocráticas. Personalmente, no me gustaría tenerle por enemigo. Hoy defiende intereses legales, ayer hubiera defendido a Al Capone. Tiene el espíritu de la contradicción y considera ofensivo que alguien se atreva a discutirle cualquier aforismo. Han corrido rumores de boca a oído, según los cuales, el abogado Mac Carey dispone de un par de matones para convencer a los reacios. Lástima

que encuentro resistencias en suministrarme reserva de este Borgoña cepa del 19. Tiene toda la gracia francesa. No es fuego de artificio ni empasta, y tiene cuerpo. A su larga salud, señor Chandler.

—Brinda usted como en un velatorio, Toots.

—No lo puedo remediar, pero me duele presentir su brusco y juvenil final, señor Chandler. Permítame… Tengo que vigilar el plebeyo gusto de Dora Seldom.

Toots se alejó con grácil desplazamiento hacia la mesa que acababa de ocupar una rutilante estrella, ex camarera.

A las diez y cuarto, un camarero vino a enchufar un portable, tendiendo el aparato a Chandler.

—Su secretaria, señor.

Kent Chandler sabía que sólo en casos urgentes, Wilma Robert le importunaba en la dorada modorra digestiva.

—… Pacientemente a la escucha, Wally.

—… Venga cuanto antes, jefe. Estoy en Riverside, en un observatorio fenomenal. Ha entrado el fulano músico, en la casa número 167, residencia de Lulú. Y por el jardín ronda una rubia con malas ideas. Me he instalado entre una columna y un jarrón, en la terraza, cara al río. La rubia está espiando, y he saltado en una carrerilla para telefonear. Regreso al observatorio. La cosa está que arde, jefe.

Kent Chandler fué saliendo de su sopor digestivo. Derek Murray visitando a Loretta Grandpré, y Vivian Murray espiando… Realmente, como decía la gráficamente vulgar secretaria, «la cosa ardía».

Conduciendo su dos plazas «Buick», lo lanzó a la máxima velocidad permitida, por la espaciosa y señorial Riverside. La numeración entre el 130 y 180, correspondía a chalets que constantemente cambiaban de inquilinos. Era zona de predilección de los turistas que pensaban pasar unos meses en la metrópoli de los grandes éxitos y fracasos: cantantes, artistas, seudo inventores, aventureros de clase…

¿Quién era Loretta Grandpré? Tenía que estar dotada de un gran poder seductor, cuando lograba convertir en apasionado a un hombre ya maduro, que tenía por esposa a la rubia Vivian y por novia a la morena esplendente y procaz sin proponérselo, Lana

Atkinson.

El 167, como todos los impares, se alineaba a la margen del Hudson, Norte. Pertenecía al estilo falsamente suizo, de picudos techos, y tenía también como sus colindantes, un conato de jardín en torno.

Había bastantes coches apareados. Los fugaces turistas, en su intento de conquistar la capital del «Éxito Arrollador», desperdigaban tiempo y dinero, tratando de ganarse la alianza de los movedores de hilos entre bambalinas: críticos, empresarios, financieros, abogados…

Tardíamente comprobaban que aquella fauna era vorazmente malévola y consideraba las invitaciones como un medio de cenar gratuitamente y ocuparse de sus propios asuntos.

La casa número 167, no transparentaba luces ni ecos ruidosos. El seto lateral formaba una separación de metro escaso, con el seto de la vecina casa.

Kent Chandler anduvo aquel sendero, basta llegar a la fachada posterior, «servicios, garaje y vista al río» como pregonaba la agencia de alquileres, antes de «pago anticipado por año completo».

Una puertecilla, también destinada a servicio, estaba descuidadamente libre del cerrojo interior. La empujó Chandler.

Diez metros de patio empedrado, le separaban de la terraza posterior de cuatro columnas, engrosadas en su base por ventrudo jarrón con palmeras artificiales.

La entrada a las dependencias de servicio, estaba cerrada y sin luces interiores. Entre dos columnas, un halo de luz rojiza manaba de una cristalera de cortinas mal ajustadas.

Aquél debía ser el observatorio. Kent Chandler perdió dos minutos, palpando el estrecho espacio de aire entre jarrón y columna. Cuatro espacios sin la repleta y lozana anatomía de Wilma Roberts.

¿Le vió llegar y abandonó su observatorio? La olvidó… Nunca había sentido tantos deseos de conocer a una mujer, como los que le inspiraba Loretta Grandpré, «Lulú».

El cristal estaba frío en el espacio más luminoso. Las cortinas entreabiertas, permitían divisar un rectángulo. Una mesita rutilante de plata, y cuatro velas en candelabro macizo.

Una espalda femenina, blanca, cortando el color malva de un

vestido de noche, o de un *déshabillé*… Una cabellera caoba, retorcida sobre la nuca en moño griego, y el bajo respaldo del sillón formaba un cerco a media espalda. La cabellera vibraba, porque su poseedora debía estar riendo.

En frente, Derek Murray, risueña la boca, alzaba una copa de plata y debía estar diciendo algo chistoso.

Una cena galante, que hubiera firmado un pintor francés. Kent Chandler no olvidaba sus espaldas. Podía de un momento a otro surgir la rubia, que según Wilma Roberts, llevaba «malas intenciones». ¿Y dónde diablos se había metido Wally?…

Manoseó el pomo, porque le interesaba ser además de mirón, oidor. Pero el pomo giró, deteniéndose al límite en que sólo desde dentro hubieran podido abrirlo.

La mujer de espaldas, resultaba un acuciante misterio para Chandler. ¿Dónde residía su poderoso imán? Los torneados brazos tenían indolencias de liana carnosa y la nuca era atractiva, pero no bastaba para justificar la «suprema ilusión» del compositor.

Derek Murray se levantó y vino a sentarse en el borde de la mesa. Su diestra acarició el cabello caoba. Y súbitamente, la más densa negrura invadió el comedor.

Kent Chandler parpadeó repetidamente. ¿Discreción y pasión en las tinieblas, provocado por Loretta Grandpré? Las cuatro velas del candelabro, debían ser eléctricas, y bastaba con pulsar un botón en la base.

Pero Derek Murray no era ningún tímido que precisara la complicidad de las tinieblas, ni tampoco debía serlo Loretta.

Kent Chandler previno una fracción de segundo después, el recio contacto científico en la base del cráneo. Su frente chocó con el cristal, y se sumió arrodillado en hondas tinieblas, surcadas por repentinos fulgores de miríadas de estrellas.

Algo tibio le goteaba por la nariz y sentía en la boca un sabor a hierro y sal. Un sabor conocido de sangre…

Estaba arrodillado y comprendía que la sangre que resbalaba por su nariz se debía a varios cortes de la frente, que al chocar contra el cristal lo había desmenuzado.

El sabor en la boca, era resultado del «golpe de conejo». Quien fuera no había querido eliminarle, sino privarle de sentido el tiempo suficiente para huir…

Frente a él, las tinieblas. Se incorporó trabajosamente, pasando la diestra por el espacio abierto con la frente. Encontró la manija y ahora giró el cierre.

Recordó que tenía que comprar una linterna, para sus nocturnas excursiones. De momento, le urgía quitarse los alfileres que mortificaban su nuca.

Tanteó hasta cerciorarse de que estaba palpando una mesa. Derribó algo, pero al final encontró la maciza base del candelabro y un resalte que presionó sin resultado positivo.

Necesitaba luz y algo para beber. Avanzó preparado a esquivar la cara contra cualquier traidora agresión. Su mano recorrió una larga pared, y por fin tropezó con una hilera de interruptores.

Bajó uno, y brotó luz al fondo del vestíbulo en que se hallaba, y se encaminó Hacia la abierta puerta de acceso a un lavabo.

Al borde del marmóreo recipiente, se miró en el espejo. Los cortes carecían de importancia. Buscó en el pequeño armario marcado con una cruz roja, y restañó la sangre con una gasa empapada en alcohol. Cortó dos tiras de esparadrapo, y al adherirlas, reflexionó que aquel silencio era amenazador.

¿Apagó Murray las luces para golpearle a traición? ¿Qué hacía mientras, Lorretta Grandpré? El servicio debía ser diurno, pero aquel silencio absoluto empezaba a arañarle los nervios, ya descompuestos…

Atravesó de nuevo el vestíbulo y fué bajando y subiendo palancas hasta dar con la acertada. La luz invadió el comedor.

Entró para mirar con ansia los frascos de cristal tallado con base en vaina de plata.

Aquel que transparentaba líquido ambarino era el adecuado y nada mejor que el coñac para quitar aquel mal sabor de boca que los enjuagues con agua no lograban desvanecer.

Al contornear la mesa y tender la diestra hacia el frasco de coñac, permaneció como paralizado.

Había visto muertos de todas clases, desde ceñudos pistoleros rabiosos, hasta angelicales coristas.

Achacó a sus nervios el respingo vibrante que le produjo ver por vez primera a Loretta Grandpré, la seductora Lulú.

Echada hacia atrás, tenso en arco el blanco cuello, caídos los brazos, la «suprema ilusión» de Derek Murray, parecía reír un

chiste.

Pero su abierta boca no reía, ni era una flor artificial, la roseta incrustada en su bajo escote. ¿Balazo o acero? Lo indiscutible, reconoció Chandler, es que ella había muerto en el acto. No había luchado, ni tenido espasmos agónicos.

Kent Chandler vació por tres veces seguidas una copa repleta de coñac. Después fué pasando un pañuelo por cuantos lugares recordó haber tocado.

Además de linterna, se prometió llevar guantes, cuando efectuase visitas que pudieran depararle insospechadas sorpresas.

Se sentó en el sillón ocupado poco antes por Derek Murray. Miraba el orificio con el coágulo sanguinolento. ¿Cómo coordinar las repentinas tinieblas, el golpe en la nuca y la muerte de Loretta Grandpré?

Sintió arcadas en la boca del estómago. Un corte de digestión. Se levantó con deseos de gritar. ¿Quién le estaba acechando? ¿Es que no había en toda la casa más que una muerta y un imprudente imbécil que se creía detective?

Salió al vestíbulo y miró la mesita con el teléfono. Era su obligación llamar al teniente Clark Murphy. Era su obligación, pero pensando en Derek Murray, que acariciaba y después abandonaba a una hermosa mujer muerta, decidió que su obligación consistía en verse frente al compositor.

Abandonó la casa, completamente convencido de que su cerebro estaba incapacitado para reflexionar con sensatez.

—Maldita seas, verdulera resabiada.

El grosero epíteto iba dirigido a la invisible Wilma, que le interrumpía una agradable digestión para meterle en un lío espantoso…

Empuñó el volante, y rió con dolorosa mueca. Al menos, esta vez no había abandonado el sombrero…

Condujo con precaución, porque de vez en cuando percibía un vahído acometerle desde el epigastrio hasta el occipucio, en recorrido breve pero intenso, como un latigazo que le hacía sudar tembloroso.

Necesitaba dormir y olvidarse de compositores, celosas, abogados vanidosos, sopas de tortuga, borgoñas con cuerpo y una rosa de sangre coagulada bajo un seno de Afrodita.

No era un superhombre. En el elevador del garaje, edificio con departamentos para solteros, volvió a agarrotar las manos en el volante.

El ascenso le reproducía el vahído y el latigazo. Abandonó el «Buick», y le costó trabajo encontrar la cerradura de la puerta que daba acceso a su departamento.

Todo era discreto en aquel edificio. Se fué desvistiendo a tirones hasta que, desnudo por completo, se internó entre las sábanas, olvidándose de abrir la ventana y cerrar la calefacción.

Seguramente era la mezcla de coñac y borgoña lo que le sumía en total modorra y renunció a seguir intentando poner orden en el galopar tumultuoso de su imaginación.

CAPÍTULO VII

Un diablillo burlón agitaba junto a su oído derecho una campanilla. Y una complicada música le barrenaba las sienes, mientras Derek Murray, alzando una copa de plata, gritaba:

«—Lo soy y a mucha honra… ¡Soy tan complicado como la música de Stravinsky, ignorante sabueso!».

Se incorporó de un salto y aquel despertar le produjo una contracción de cuello, recordándole el toque nocturno en la nuca.

Tendió la diestra y cesó el teléfono de repicar.

—… Buenos días, jefe.

Kent Chandler tragó saliva repetidamente. Wilma Roberts proseguía con alegre entonación:

—… Como a lo mejor tiene interés por oírme contar noticias descomunales, me he agarrado del primer teléfono a mano, y…

—… Ya estás viniendo, condenada criatura, al instante, maldi…

Prefirió aplastar la ebonita, antes de continuar insultando a su secretaria.

Pasó a la ducha y se encontró mucho mejor cuando el montacargas, le presentó el desayuno solicitado. La sal de frutas combinada con jugo de naranja, era un bálsamo de optimistas efectos. El jugo de tomate con dos gotas de ginebra y nueces trituradas, un fortalecedor de organismos baqueteados. Y la taza de café epilogal, era la espuela revividora.

Se acabó de vestir y pasando al recibidor decidió mentalmente que su poder residía en dominar sus nervios. Abrió al oír el timbre y forzó una sonrisa de acogida a la que, entrando, manifestó:

—Parecía usted de mal humor, jefe. ¡Canastos! ¿Le arañó una gata? Tiene ojos de haber trasnochado, ya me entiende… Ojeras que le llegan hasta el cogote…

—Te he invitado a venir aquí, porque es el único sitio donde no puedo asesinarte, con coartada. No abuses de mi generosidad, Wally. Siéntate, y desembucha. A las diez y cuarto me telefoneas al «Toots» y acudo como un rayo. Te busco y no estás.

—¡Vaya! Ya comprendo por qué está enfadado. Pero me felicitará, porque evité un asesinato. Pero relataré los sucesos por el orden que usted llama cronológico y que yo supongo significa… Voy al asunto, jefe. Usted me dijo que siguiera a Derek Murray, el fulano que atonta con la mirada y que me cuidara. Bien, pues salgo de la oficina y me paro a pensar cómo demonios daré con el fulano. Para ayudarme el encéfalo, me coloco en el automático, frente a la oficina y me soplo sucesivamente un bisté, un…

—¡Me repugnan tus menús!

—Y terminando de secarme los labios, ¿a quién veo? Al fulano entrando en nuestra hogareña agencia. Lo reconocí por el abrigo, de ésos tan difíciles de llevar, si no son altos y anchotes… Voy al asunto. Alquilo un «taxi» y cuando sale el fulano y se mete en otro «taxi», allá vamos todos. Baja en Riverside, y a pie llega al 167. Despido el «taxi», y me cuelo, para llegar justo cuando el fulano le hace cosquillas a «la caoba». Y oigo un taconeo disimulado. Me incrusto entre jarrón y columna y veo a una rubia con abrigo de pieles caras, de marta. La rubia se acerca al ventanal y manosea un bolso. ¿Qué iba yo a hacer? Escampé suavemente, y le pegué el telefonazo. Regreso, y me encuentro a la rubia, que estaba ya decidida. Había dejado caer el bolso y sacaba un pistolón. Me jugué el bigote, jefe.

Kent Chandler emitió una risa cansina. Parecía siempre mentira que aquel rostro lozano de labios casi infantiles, fuera portavoz de tanta vulgaridad.

—Pongamos que te jugaste el tipo, Wally.

—Le siseé a la rubia, que pegó un salto y me encañonó con el pistolón. Gracias al jarrón, me sentí valerosa. Ella se aproximó, y yo tuve un rapto de elocuencia. Le dije textualmente: «Ningún condenado marrullero compositor, vale la cárcel, rubiales». Ella estuvo un rato como atontada, y yo insistí: «Agencia Chandler a su servicio, nena». Respingó y pareció serenarse. Me dijo toda babeante: «¿La ha enviado el señor Chandler?». Y yo repliqué: «Eso es. Y como no va a tardar en venir el jefe, vámonos a casita;

¿quieres, nena?». Ella me siguió con docilidad, algo semejante al perrito que queriendo morder, se ha arrepentido. Y salimos a la avenida, hasta que le eché un bramido a un «taxi». Le dije a ella: «¿Dónde vamos, rubiales?». Y me dió su dirección. Casi nada… En la 59, tocando con Central Park, lujo y quien lo trajo. Me prometió ser buena y meterse en camita. Le aseguré que estando usted a la vista, todo terminaría bien. Y oiga: ¿sabe quién era la rubia?

—Dilo ya, tesoro —silabeó Chandler.

—Vivian Murray, esposísima del fulano. ¿Cuándo me sube el sueldo, jefe?

—¿Has leído la prensa?

—Lo de siempre. Titulares de sucesos, y notas sociales, y un vistazo a la ceremonia de la coronación que en Londres…

—Habrás leído algo sobre la casa número 167 de Riverside.

—Ni una letra. ¿Es que los periodicastros tenían que escribir algo sobre el número 167?

—Escampa, y llegando dile a Topsy que te de por escrito cuanto ha averiguado sobre los Atkinson. Me entregas el informe este mediodía en el «Ginger Shacked». Y no sabes nada de nada.

—Como siempre, amén. Ya me decía mi padre que mantener la boca cerrada es el medio de…

—Fuera, bebé.

Y Kent Chandler empujó a su secretaria, cerrando la puerta. ¿No publicaban los periódicos nada sobre Loretta Grandpré? Posiblemente, sólo hacia las nueve, la mujer de la limpieza encontraría el cadáver…

Salió a la calle, dispuesto a andar. Tenía que despejarse, y tener el seso lo más despierto posible.

Había prometido telefonear a Vivian Murray, pero juzgaba preferible emplear el método directo.

En la calle 59, según el listín, los Murray habitaban el piso quince del número 766.

Entró en el ascensor. Un ascensor que por un instante, al elevarse, le hizo contraer el cuello.

El piso quince tenía ocho departamentos. En el «3A», una doncella por la cofia y delantal, presentó una faz redonda y negra.

—La señora Murray me espera. Me da igual si quiere recibirme el señor Murray.

La negra se esfumó tras señalar en vago ademán el recibidor. Kent Chandler abandonaba toda astucia. Había tal vez personal animadversión hacia el compositor…

Apareció Vivian Murray. Debía haber dormido mal. El jersey gris, la falda lisa escocesa, y las sandalias, la hacían deportiva. Un verdadero cromo, opinó Chandler.

—Ya sé que quedamos en telefonear solamente, Vivian, pero su compositor de marido me dejó anoche una notita según él amistosa, y vengo a devolvérsela.

Ella abrió una puerta lateral, y Kent Chandler entró en un saloncito muy femenino. Vivian Murray se sentó en un escabel sin respaldo, y dijo inquieta:

—Desde que su secretaria me acompañó aquí, no he vuelto a ver a Derek. Nunca pasaba una noche fuera, sin comunicármelo por teléfono. No lo hizo. Y he estado esperando… Creí que usted me traía noticias suyas. Ya que su secretaria me aseguró que usted…

—Fui a atisbar. Pero antes, hemos de pactar una sinceridad que no le he pedido, Vivian. ¿Pretende hacerme creer que le caen tiestos, la persiguen coches, y la acribillan pistoleros, simplemente porque no quiere divorciarse de Derek?

—Descubrí un secreto que justifica que Derek quiera matarme.

—Escucho.

—No puedo revelárselo.

—Ya estamos muy adelantados en confidencias, Vivian, para ahora echarnos atrás. Anoche si no es por Wilma, usted dispara… Es ya un infierno para usted, esperar aquí el regreso de un hombre que si emplea asesinos a sueldo… sólo ha de inspirarle odio.

—Derek es irlandés, y de temperamento apasionado, pero me resisto a acabar de convencerme de que pretende matarme.

—Se convencerá cuando despierte entre coros de ángeles. ¿Dónde se casó con Derek?

—Nos conocimos en La Habana. Nos casamos en Miami.

—¿Cómo es que en él Registro Civil de la ciudad, figura él como soltero?

—Él hizo las inscripciones.

—De modo que es un desaprensivo ciudadano, al que ya puedo acusar de falsedad, si no fuera que pretendo acusarle de asesinato.

—¡No! Pueden ser fatalidades, coincidencias… Usted mismo

admitió que ayer pudieron ser enemigos de usted…

—Escuche, Vivian. A las diez y treinta aproximadamente, su esposo acaricia los caobos rizos de Loretta. Se apagan las luces, y alguien me atiza un mal golpe en el pescuezo. Cuando recobro los sentidos, y después de varios tanteos, enciendo la luz, vuelvo a ver a Loretta. Estaba sola…, y muerta.

Una expresión de indecible horror dilató los rasgos femeninos.

—Su marido no aparece, y yo permanecí a solas con la muerta, hasta que comprendí que allí no resolvía nada. ¿Es que Derek Murray es un maniático aspirante a la camisa de fuerza? Si no ha matado a Loretta, ¿por qué desaparece?

La expresión de horror aumentó, y lentamente comprendió Kent Chandler que no era producida por su revelación…

Un espejo devolvía la silueta en el umbral.

Kent Chandler giró sobre sus tacones, y Derek Murray comentó amablemente:

—Sería mejor que me esperases en la galería, querida. Hace un sol espléndido. Excusarás al señor Chandler, cuya imaginación es portentosa. Gracias, querida.

Ella, como fascinada, se levantó para caminar con paso casi maquinal hacia el que, gentilmente le acarició una mejilla.

—No te inquietes, querida. Te prometo una segunda luna de miel pictórica de exquisitez.

Ella casi huyó, y cerrando la puerta, Derek Murray siguió siendo un amable y guapo galán maduro, pero de juvenil mirada brillante.

—No crispe los músculos, Chandler. Tengo la cortesía de no romper objetos ni rostros en mi casa. Realmente, es usted un entrometido. Creí que atendería mi petición escrita, y me telefonea Sarah, la doncella que le ha abierto, que un descarado joven anunció que tanto le daba ver a Vivian como verme a mí.

—Creo que ambos somos técnicos en descaro, Murray. Y ya que tiene la magnanimidad de perdonarme la vida, porque sus musicales oídos no resisten ruidos en su domicilio, ¿continuamos charlando o salimos al exterior?

—Por el instante, estamos aquí muy cómodos.

Kent Chandler continuó reclinándose contra la falsa chimenea. Derek Murray eligió cuidadosamente un bombón acidulado de una cajita de cristal.

—Ayer me visitó su novia Lana Atkinson, convencida de su soltería, porque su papá, con precavida idea, hojeó el registro. Por lo visto, Murray, usted las mata.

Derek Murray, con un carrillo levemente abultado, entornó las largas pestañas. Comentó:

—Me acerco al crepúsculo, y es lógico que intente exprimir el agridulce fruto de amoríos, antes de dedicarme plenamente a mi esposa.

—Demos por exprimida a Lana, que casi se desmayó al verle. ¿Qué me cuenta de Lulú?

—Su indiscreción es chocante. No veo la razón por la que tenga que informarle de mis mariposeos.

—Seguro que en la escuela de párvulos, le dieron la medalla del aplomo cínico, Murray.

—En la suya tal vez le concedieran esta recompensa, Chandler.

—Yo no soy una romántica, y no me hará desmayar ni alterará mis nervios, compositor. Tal vez le saque de su odiosa indiferencia, saber que presencié cómo se apagaban las luces de un candelabro en el comedor del número 167 de Riverside.

Derek Murray escogió otro bombón, de color de fresa. Se sentó, y con las manos hundidas en los bolsillos de su americana de pana gris, alzó las pestañas. Su mirada era sinceramente felina…

—Me parece que rebasó usted los límites discrecionales otorgados a la ralea de venales sabuesos entrometidos, Kent Chandler.

—Somos así, cuando olfateamos podridos sinvergüenzas asquerosamente valientes con mujeres, Derek Murray.

—Llamo su atención, joven cretino, sobre un axioma que no precisa demostración. Desde la ventana a su lado, hasta la calle, hay una distancia de quince pisos.

—Observe cómo me tiemblan las rodillas. Acérquese para acariciarme el cabello, y se va a llevar una sorpresa.

—De momento, la distancia es prudencial. De usted depende que rompa mi cortesía domiciliaria. Prefiero advertirle lealmente, que, además del piano, practico otras artes más contundentes.

—¿Como por ejemplo, largarme un piñazo en el cogote?

—Hay error, querido sabueso. Si me decidiera a entablar contacto con su físico, no me bastaría ni satisfacería pegarle en el

cogote.

—Ayer, mientras quedó a obscuras el comedor, alguien me golpeó. No fué Loretta. Y yo sólo recuerdo a un tipo que al hacerse de nuevo la luz en mi seso, había desaparecido.

—El tipo iría a reparar la avería de luz.

—¿Y quién repara ya a Loretta Grandpré?

—¿Le sucede algo a Loretta?

—Canalla… —rezongó, entre dientes, Chandler, dando un paso adelante. Derek Murray permaneció sentado. Extendió las piernas…

—Un insulto que demuestra su cretinismo, joven idiota. Sólo una persona tiene derecho a hacerme reproches, y es Vivian.

—Existen también personas llamadas policías, fiscal, juez y verdugo.

—Gozan de mi simpatía como defensores de la Ley.

—¡Basta ya! Usted sabe perfectamente que Loretta Grandpré ha muerto, y no de defunción que pueda certificar un médico como natural. Y murió en el lapso de tiempo que transcurrió desde que se apagaron las luces hasta que desperté del golpe.

—Es su deber ir a la policía, señor Chandler. Pero me temo que le repetirán que es un cretino idiota. Me preocupa usted, Chandler. Si se dedica a lanzar acusaciones tan graves, espero que disfrutará de una rebaja en especialidades clínicas traumáticas. No quiero que me presente sus excusas, ni presentaré denuncia contra su proceder injurioso. Me limito solamente a rogarle por última vez que aparte sus sucias narices de mis asuntos. Le bastará con ir al «Lloyd's», donde le informarán que en el «Betancuria», zarpó rumbo a La Habana, Loretta Grandpré, esta madrugada a las seis, camarote de lujo, serie «B», número 6.

—Ésta es otra triquiñuela suya. Yo sé distinguir si una persona está en condiciones de viajar, y Loretta Grandpré estaba muerta ayer noche a las diez y media.

—Cumpla con su mejor entender, y lárguese a informar a la policía. Creo que le he dado ya bastante beligerancia.

—¿Dónde se metió usted, mientras yo buscaba a alguien por la casa de Loretta?

—Al apagarse las luces, la besé y me despedí. No quise seguir siendo cruel con Vivian. Y sacrificándome, renuncié a Loretta. Pasé

el resto de la noche, en un parador lejano.

—Miente usted tan desvergonzadamente, qué me complacerá demostrarle que no soy tan cretino como opina. Lamentará ser tan cínico, Murray. Voy a dedicarme gratuitamente a tender la alfombra en rampa que le meterá a usted de cabeza en una celda.

—Si es de manicomio, jugaremos al ajedrez, Chandler. Ande, lárguese, joven cretino.

Era tan exasperante la calmosa actitud desdeñosa del compositor que Kent Chandler perdió los estribos.

Saltó hacia delante, y truncó su impulso, para esquivar con apuros, la doble patada del hombre sentado. Pero aquella esquiva le hizo perder un segundo su equilibrio, y Derek se levantó rápido.

Kent se mordió los labios, porque atrás, su muñeca derecha subía por entre sus propios omoplatos, mientras su muñeca izquierda era inmovilizada entre dedos acerados.

—Se lo ha buscado, joven cretino. Veo que tiene la sensatez de no moverse. Podría perjudicarse la clavícula.

Un rodillazo en los riñones le hizo avanzar. Una rabiosa humillación le hacía cerrar los ojos. Estaba plenamente a merced de aquel maldito pianista, dotado de atlética agilidad.

Y casi en vilo llegó hasta la puerta, que la negra doncella abrió.

—Puede retirarse, Sarah. El señor se va.

Derek Murray seguía manteniendo la doble presa. La negra se marchó hacia el interior.

—No me guarde rencor, Chandler. Pero medite que la próxima vez que se entrometa en mis asuntos privados, no aterrizará en un pasillo, sino en lecho de clínica.

El ominoso empujón que liberó las dos muñecas del detective, lo proyectó al otro lado del corredor. La puerta se cerró.

Kent Chandler acarició su brazo derecho, lleno de hormigueos. La puerta volvió a abrirse, y una mano negra arrojó al suelo un sombrero, cerrándose al instante.

Kent Chandler recogió su sombrero. Iba serenándose. Hacía tiempo que no sentía aquel furor homicida, y tomando el ascensor modificó la máxima oriental:

«La venganza es un plato compuesto de pulpa facial de compositor irlandés, y aliñado con huesos machacados. Sírvase frío».

¿Quería guerra Derek Murray? El «joven cretino» le aplicaría el proverbio francés que asegura que ríe mejor el que ríe el último, pero al salir a la calle, Kent Chandler tenía el semblante muy ajeno a toda sonrisa.

Capítulo VIII

Cruzó para ir a sentarse en uno de los numerosos bancos de la margen sur de Central Park. Era absurdo regresar al piso, y entablar una lucha salvaje.

Tan absurdo como su primera intención de ir a visitar al teniente Murphy. Una cobardía.

Necesitaba coger por el cuello a Derek Murray y refregarle las narices sobre pruebas abrumadoras. ¿Qué le estaría contando a su esposa?

Bufó con desprecio. Una mujer enamorada comulga con ruedas de molino. Adoptó rápidamente la postura del boxeador alerta.

Pero el choque en su espalda, era debido a un balón que un niño vino a reclamar imperiosamente:

—¡Usted, mi pelota!

Kent Chandler pensó en Herodes, mientras lanzaba el balón. Se puso en pie, llamando un «taxi».

—167, Riverside —indicó.

Pensaba encontrar el acostumbrado cordón policial, pretendiendo contener curiosos, y dejando solo filtrar a los chicos de la Prensa.

Pagó el «taxi», y contempló a la luz del día, el chalet. Allí reinaba la paz y la normalidad. Ventanas abiertas, muebles enfundados…

Desfiló por el estrecho pasillo entre los setos, y al llegar al posterior, contó cuatro columnas con cuatro jarrones con palmeras artificiales.

Y la puertecilla abierta, que dócilmente obedeció al empujón. Una mujer canosa, apareció en la terraza, secándose las manos en su delantal.

Estaba precisamente ante la ventana, cuyo cristal inferior él rompió al arrodillarse contra su voluntad.

—Hola. Deseo ver a la señorita Grandpré.

—Se marchó esta madrugada, señor. La casa está por alquilar, si le interesa.

—No me dijo que iba a irse, así tan de pronto.

—Tampoco a mí.

Ya en la terraza, pestañeó Chandler. No había cristal roto.

—Me gustaría ver la casa.

—Es mi obligación enseñarla.

Ella abrió el ventanal, ya que Chandler se dirigía hacia él. Era el comedor, donde había bebido tres copas seguidas de fuerte coñac. Los muebles, en sus fundas que parecían sudarios…

Y el cristal había sido repuesto recientemente, como pudo comprobar al pasar el dedo por el mástic.

—Es extraño que Loretta no le dejara nada escrito para mí.

—Yo he venido como siempre a las ocho, y me telefoneó el administrador, para ordenarme pusiera todo en orden, ya que la señora estaba camino de La Habana.

—¿No vió nada anormal?

—Nada, en absoluto. La señora era bastante cuidadosa. De todos modos, me parece que usted no quiere alquilar la casa. Y si desea detalles de cosas que yo no sé, se los puede dar el administrador.

—Gracias. Tome esta estampita por sus molestias.

—¡Muchas gracias, señor!

—¿Dónde anida el administrador?

—Park Avenue, 73. Pregunte por el abogado señor Mae Carey.

—¿Cómo dijo, abuela? —masculló, boquiabierto, Chandler.

Ella, algo ofendida, repitió:

—Abogado, señor Keneth Mac Carey, 78, Park Avenue. Administra la mayor parte de estas casas, que son propiedad de familias…

—No me diga… —rió Chandler—. ¿Conque es el abogado Mac Carey el que le dijo a usted que Loretta estaba camino de La Habana?

—No tengo la costumbre de inventar mentiras, señor.

—Mil perdones, mil perdones, señora. Usted me comprenderá si le digo que estoy algo celoso, una enfermedad extendida. Siempre

pensé que el señor Mac Carey le hacía la corte a Loretta.

—Lo ignoro, porque mi servicio empezaba a las ocho de la mañana, y terminaba a las tres de la tarde. Y en estas horas, la señora no recibía más visitas que las de modistas, peluquero, manicura y masajista. Yo le servía el desayuno hacia las once, y generalmente ella almorzaba fuera. Tan sólo una vez…

—Dígalo sin reparos, señora. Soy discreto —y Kent Chandler irguió un índice en el que se enrollaba un billete de cinco dólares, que hizo temblar los párpados de la mujer de faenas.

—Bien, ya no tengo por qué guardar la promesa. La señora se ha marchado. Me hizo jurar que no diría a nadie que había recibido una visita. Un caballero de blancos cabellos, pero rostro joven. Andaba muy erguido. Lo recuerdo bien, porque hace sólo cuatro días… Se presentó a las nueve de la mañana. Yo le dije que la señora dormía. Pero él tuvo un modo tan tajante de ordenarme que la despertara, que obedecí, sin darme cuenta que ni siquiera le pedí el nombre. Ella le hizo subir, y yo oí como exclamaba: «¡No debiste venir, Mayor!»

—¿Mayor? ¿Quién diablos me ha hablado de un Mayor…? ¡Atkinson! ¡Mayor Atkinson! Eso es, y fué Toots. Siga, señora.

—Él estuvo unos cinco minutos en la alcoba, y se fué. Ni siquiera sé cómo se llamaba, pero ella me hizo prometer que nunca citaría aquella visita. Pretextó que debía vigilar por su buena fama.

—Trate de describirme al anciano juvenil.

—Alto como usted, pero más grueso. Cabellos blancos, rostro colorado, ojos grises. Llevaba un bastón. ¡Ah, y un bigote en cepillo! Vestía muy bien, nada chillón. Todo de gris, hasta los guantes.

—Gracias. Es usted un talento, Mary.

—Jeanne, para servirle, señor.

Kent Chandler caminó con paso ágil y triunfal. Empezaban a contornearse promesas de revelaciones sensacionales.

Mac Carey telefoneando que una muerta había tomado un barco hacia La Habana. El padre de Lana Atkinson, entrando cuatro días antes en la alcoba de Loretta, que le tuteaba…

Bueno, ¿cómo sabía que era el padre de Lana Atkinson? Mayor era grado militar del ejército británico. Ya sabía por qué pensó en el padre de Lana Atkinson. Era lógico que si Atkinson consultó el registro civil, también pretendiera averiguar qué clase de yerno se

le avecinaba, y diera con Loretta… Pero ésta le tuteaba…

Caminando, trató de obtener una deducción lógica. Derek Murray mata a Loretta Grandpré, y obtiene de Mac Carey una complicidad. Ocultan el cadáver y hacen embarcar a cualquier comparsa con peluca caoba, en el «Betancuria».

Llamó un «taxi». Y poco después, en las oficinas de turismo, preguntaba:

—¿Qué modo hay más rápido de subir a bordo del «Betancuria»?

—El avión de las once hasta la escala de Nassau, señor, donde llegará usted a las dos. El «Betancuria» llegará alrededor de las tres.

—Un pasaje para Nassau.

En el avión que surcaba un cielo gris sobre un grisáceo mar, Kent Chandler cerró los ojos, dormitando. Estaba gastando un dinero que no recuperaría, pero que consideraba una buena inversión.

Apabullar a Keneth Mac Carey a la vez que desenmascarar a Derek Murray, era un placer inefable, que bien valía aquel viaje.

Una mujer a bordo del «Betancuria» se hacía pasar por la difunta Loretta Grandpré.

Mentalmente especificó con mayor exactitud:

«La mujer que tú viste era Loretta, puesto que Vivian pensaba disparar contra ella. No conoces a Loretta, pero sabrás hacer reconocer a la pasajera del “Betancuria”, que ella emplea indebidamente una identidad ajena».

En el aeropuerto, hizo otra indagación. ¿Había modo de ir al «Betancuria» antes de que tocase muelle?

Le indicaron una dirección. Correspondía al práctico del puerto, y en su caseta, encontraría a la policía y servicio sanitario.

Era preciso evitar que la falsa Loretta, la cómplice cuando menos de Mac Carey, se esfumara entre el tráfago de pasajeros…

Un policía uniformado devolvió el saludo.

—Me interesaría subir a bordo del «Betancuria» para hacer una comprobación privada. Soy detective, pero no oficial.

—Hable con el capitán Booth. Es aquel caballero con abrigo azul.

El capitán Booth, del Servicio Policial Británico, debía haber captado la señal del que le apuntaba con un índice, porque avanzó al encuentro de Chandler, que bajadas las escaleras, se halló en el

pequeño embarcadero protegido por un toldo.

—Me llamo Chandler, capitán Booth, y pregunté si había medio de llegar a bordo del «Betancuria» antes que atracara. Examine mi licencia, y le quedaría agradecido si consintiera dejarme subir a bordo con el servicio oficial.

El capitán Booth examinó despaciosamente el carnet, y al devolverlo, dijo flemáticamente:

—Hoy sería yo comisario si no hubiera cometido un pequeño error, hace unos tres años. También era norteamericano el detective privado que me pidió el mismo favor. Consentí, y subió a bordo de un yate noruego. Dos muertos y un herido. Uno de los muertos, el privado. Yo, como usted puede apreciar, sigo con vida, pero estabilizado en capitán con una pierna en tierra y otra en el mar.

—Yo le juro que sólo quiero comprobar si a bordo…

—No jure, porque nunca podemos saber lo que el Destino nos depara al minuto siguiente.

—Le entregaré mi pistola, y si lo desea me coloca las esposas. Sólo quiero echar un vistazo a una pasajera… antes de que desembarque.

—También su difunto colega, hace tres años, sólo quería echar un vistazo. Lo dijo así también: «Echar un vistazo»… ¡Dios santo! Aun recuerdo aquel momento. Me maldije por mi falta de conocimiento del idioma yanqui. Hoy ya sé lo que significa en yanqui «echar un vistazo». Entrar, pisando cubierta, delante de un camarote, llamar, abrirse una puerta… y ríase del azufre y la humareda del infierno. Lo siento, mi joven yanqui.

—La persona que va a bordo ni siquiera me conoce. Es una mujer.

—Si usted llevase una orden oficial, sería distinto. Me pierde el ser tan sensible, y viéndole la cara de apenado, consiento en facilitarle su tarea. No le llevaré en la lancha, pero vaya al dock tercero, que es donde atracará el «Betancuria». Los pasajeros no podrán bajar hasta que no sea inspeccionada la documentación. Y suben los maleteros. No somos exigentes con los maleteros. Basta que lleven la chapa, y alguno, por un par de dólares, le cederá la chapa, y con ella podrá subir enseguida a bordo. Bastará que le diga al maletero, que yo consiento.

—Muchas gracias, capitán.

—No hay de qué. Pero… óigame bien: si a bordo, comete usted un estropicio, me pasaré lo que queda de año, pateándole un día no y otro sí, en una celda especial.

—Prometo ser un ángel maletero a bordo. Gracias, de veras.

Kent Chandler en el dock tercero, vió grupos de varias rasas y atuendos, provistos del mismo adorno, en la boina, jipijapa o gorra: Un disco metálico con un número.

Eligió a un flaco y rubio individuo con aspecto de enfermizo.

—Si usted me informa de cuál es el portador de equipajes que tiene acceso a los camarotes de lujo, tengo esta chapa para usted.

El rubio miró el dólar. Un papel que le gustaba.

—Desde el número veinte al treinta, son los que tienen derecho a meterse en los «superior».

—Usted lleva el número veintitrés.

—¿Cómo se dió cuenta? —sonrió, débilmente, el inglés.

—Escuche atentamente mi oferta. Viaja a bordo del «Betancuria» una señora, y me han encargado de averiguar de quién se despide. El capitán Booth me ha dicho que no hay inconveniente en que uno de ustedes me preste su chapa.

—Prestar, no. Pero sí darle la etiqueta de ayudante. Es decir, algunos que se encuentran fijos, comparten propinas con otro más fuerte. Pero usted viste muy elegante.

—Ya… ¿Qué tiempo lardará en llegar el barco?

El inglés miró hacia el «Betancuria» que, a media máquina, enfilaba ya el paso entre dos boyas.

—Quince minutos, como mínimo.

—Podemos encontrar un «overal» con el que cubrir mi elegancia, y una boina para mis bucles, ¿no?

—Se puede intentar. Estaría gracioso que usted fuera un detective privado.

—Pues ríase si es que tiene gracia, amigo.

—No la tiene.

—¿La tiene?

Y con la pregunta ondeó Chandler ante su cara un billete de diez. El inglés avanzó los labios, con una risita beatífica:

—Usted sabe viajar, amigo. Me llamo Robinson. Venga conmigo, y dentro de diez minutos, estará usted convertido en «ayudante», y si me acepta un truco, no le reconocerá ni el capitán Booth.

Diez minutos después, revistiendo sobre sus ropas, un mono azul no muy definido de color, con una boina que fue marrón, hundida hasta las orejas, y ocultas las manos en manoplas, Kent Chandler masculló:

—No ya el capitán Booth, sino yo mismo, no me reconozco. Y tiene razón, Roby. Podría ser que la señora que quiero ver, esté acompañada por alguien que pueda reconocerme. Pero así, no hay modo…

—No se preocupe, *Sherlock*. La brea es garantizada especial, y la emplean aquí para Carnavales. Puede sudar y mojarse la cara, que sólo a las cuatro o cinco horas empieza a desteñir. Y si quiere quitársela, ya sabe. Basta con jabón verde en cuya espuma eche un poco de gasolina, y con cerrar bien los ojos…

Al lado de Robinson, Kent Chandler parecía un robusto negro, muy apropiado para lucir la etiqueta de cartón que le acreditaba como «ayudante» de portador maletero.

La brea le atirantaba el rostro, pero el espejo de los lavabos, le había devuelto la imagen facial de un descendiente no lejano de los antillanos puramente celosos de conservar su origen africano.

Mientras el «Betancuria» iba atracando de babor, comentó:

—Tuvo usted pupila, Roby. A lo mejor, la prójima que quiero ver, tiene compañía que me hubiera podido reconocer. Es usted listo.

—Por once dólares, mi cerebro carbura de miedo.

Apenas quedó afianzado el remate de la pasarela, los portadores entraron al asalto.

Dando de codos, Kent Chandler reiteró:

—Es el número 6, serie «B», lujo, Roby.

—Ya vamos.

Del veinte al treinta, los portadores de «lujo» penetraron en el suntuoso salón, conducente a los cuatro pasadizos, marcados respectivamente con las cuatro primeras letras del abecedario.

Robinson penetró en codo a codo con Chandler en el «B», donde al lado izquierdo, se alineaban cuatro puertas numeradas de 1 a 4. Al lado derecho, dos puertas numeradas 5 y 6.

La puerta 6, estaba abierta. Un salón que a su vez daba acceso a un cuarto de baño, y a una alcoba. Ésta, invisible. La puerta del cuarto de baño, también abierta, mostraba a un individuo de anchas

espaldas, que estaba cepillándose el cabello platinado.

En el salón había otro individuo, sentado, piernas cruzadas, que miró fijamente a Robinson y al «negro».

—¿Portadores, señor? —canturreó Robinson—. ¿Guías para las pesadas cuatro horas de escala, señor?

El interpelado, moreno cetrino, cara picada de viruelas, pareció muy indeciso entre dos vulgaridades: escupir o renegar.

Robinson se hizo insinuante:

—Nigger y yo somos los mejores guías de la isla, señor. No hay rincón que no…

—Largo de aquí, alimañas —rezongó el «señor».

Kent Chandler conocía la categoría del picado de viruelas y del que ya peinado, abandonaba el cuarto de baño.

Dos clásicos «guardaespaldas», matones por oficio y vocación.

El que se había alisado los cabellos de un platino rutilante, comentó:

—No los eches, Rick. A lo mejor, Loretta quiere dar un paseíto.

—Es que estos dos dan asco. Fíjate en el rubio. Es una rata de taberna, y en cuanto al negro, con su etiqueta, inspira deseos de tirarle una pelota a ver si toca la campana y se gana uno la petaca. Tienes un corazón demasiado blando, Sam.

«Lo que tenéis los dos es muy mala uva», pensó Chandler.

El llamado Sam, se pasó delicadamente la mano por la cabellera platinada, mientras se dirigía hacia la puerta de la alcoba.

«Se gusta el muy guapo. Y ese precioso Rick, mira al pobre Roby como si contemplara un canario destinado a ser frito. Dos verdaderos bravucones».

—Estáis monísimos así parados en la puerta —ironizó Rick—. Entrad ya, maldita sea vuestra casta. Si la señora no quiere guías, no quiero que perdáis por la espera. Os prometo un dólar por cabeza… Pero a condición de que me cantéis la balada del holgazán cobardón, que era aquél que cargaba maletas y llevaba pasajeros, porque no tenía reaños para ganarse la mantequilla trabajando como un hombre.

Robinson avanzó dos pasos, y tras él se inmovilizó Chandler. El inglés, daba cabezadas de asentimiento. Rick dejó de hablar, mirando a su compañero que en la puerta de la alcoba, repicó con el dorso de la mano.

—¿Loretta?

La puerta se entreabrió, pero sin dejar visible a la ocupante. Una voz de contralto, pastosa, de gravedad pasional, dijo:

—No me hacen gracia tus gracias, Rick. Es poco humano burlarse de dos hombres que intentan ganarse la vida como pueden. Y puesto que la escala dura cuatro horas, podemos emplearles. Que vaya uno de los dos a buscar un coche.

—Gracias, señora. Voy al instante en busca del mejor aerodinámico. Mi compañero Nigger les llevará lo que quieran.

Salió Robinson, y Kent Chandler bendijo al inglés, cuya sugerencia de «embrearle» el rostro había sido providencial, porque… la voz de la invisible y supuesta Loretta la había reconocido.

La puerta se abrió del todo, y apareció Lana Atkinson.

CAPÍTULO IX

Lana Atkinson estaba deliciosamente procaz en su exótica indumentaria. Una pamela blanca realzaba la negrura de sus cabellos. Un jersey a rayas horizontales, azules y blancas, modelaba el esplendor de su busto. La falda blanca ajustaba como la pátina de ánfora. Sin medias, las sandalias, dos tiras azules enlazando el sonrosado pie, avaloraban el garbo erótico de su figura, porque el alto tacón la hacía más cimbreante y erguida.

Rick y Sam, en pie, permanecieron un paso atrás de ella, adoptando la profesional indolencia de los respetuosos matones de alquiler.

Kent Chandler repetíase mentalmente:

«Poco abiertos los párpados, mi vida. Los negros son adormilados bajo los soles isleños. Y si has de hablar, hazlo lo más negro posible, hasta que puedas hablar sin peligro».

Lana Atkinson deslizó apenas una mirada hacia la boina, el overal, y las manoplas. Señaló una de las tres mesitas.

—Coja la máquina de retratar, Nigger. Y el bolso azul.

La máquina con estuche azul, llevaba dos iniciales: «L. G.». Las mismas que doraban una esquina del gran bolso. Pasó Chandler la correa de ambos objetos por su hombro izquierdo.

Rick salió al pasillo, precediendo a Lana Atkinson, tras la que echó a andar el rubio platino Sam.

Kent Chandler siguió a dos pasos de Sam. También la puerta de la «*suite*» de lujo proclamaba:

«*Miss* Loretta Grandpré».

Un majestuoso mayordomo galoneado como un almirante, saludó en cubierta:

—Feliz escala, señorita Grandpré. No zarparemos hasta las ocho.

Permítame recomendarle el panorama desde Fitzwilliam.

En el espacioso muelle se alineaban coches de caballos, y magníficos automóviles. Desde el estribo de un «Daimler», Robinson agitaba una mano hacia los que bajaban la pasarela.

Repitió al chofer:

—Si ellos aceptan que yo conduzca, déjame, Jimmy. Te prometo cinco dólares.

—Conduces bien, pero aunque lo tengo asegurado, este «Daimler» no quiere el patrón que lo conduzca otro que mi menda.

—Les vamos a parecer muchos tres parásitos, Jimmy. Y tengo interés por ver de cerca a esta maravilla, porque no abundan…

Se calló Robinson, y el chofer rezongó:

—Por esto mismo, porque no abundan, también me gusta a mí darme ración de vista.

Rick se detuvo ante la portezuela, junto al del volante. Lana Atkinson entró directamente al asiento posterior, cuya portezuela abrió Sam…

—Si no opina lo contrario, Loretta, aquí sobran gorrones. Con un guía nos basta. El chofer.

Lana Atkinson sonrió, tocando en el hombro al chofer que se volvió muy voluntariamente:

—Siempre conduce mi habitual chofer —indicó, señalando a Rick—, y lo hace bien. No es que menosprecie su destreza, pero si no le interesa, buscaremos coche de alquiler sin chofer.

—No me molesta, señora, si me firma la garantía impresa que llevamos para estos casos. Debe dejarme también el billete, por si la desgracia quisiera que estropearan algo.

—Paga, Rick, y firma. Tú conducirás, y que el negro te indique el camino, para llegar al Fitzwilliam.

—Cinco libras, señor —dijo el chofer, mientras Rick firmaba y entregaba la libreta de pasaje.

Kent Chandler, junto a un guardabarro, murmuró:

—¿Fitzwilliam, Roby?

—Bay Street y a tu frente, siempre adelante, y hay pancartas.

Robinson se aproximó a la ventanilla posterior.

—¿Desea algo, señora?

—Ya lo oíste —silabeó Rick, que ocupaba ya el volante—. Espera aquí con este otro, y saldréis ganando. Tú, negro, sube a mi

lado, y no te arrimes demasiado.

Kent Chandler vino a instalarse en el sitio señalado, apretándose contra la ventanilla opuesta a la de Rick.

Atrás, el rubio platino se acomodó, y Lana Atkinson dijo:

—A Fitzwilliam.

Rick puso el contacto, y dió un codazo a Chandler.

—¿Eres mudo o qué, pedazo de sebo?

Kent Chandler separó mucho las vocales…

—Virar y al frente está Bay Street; seguir recto, y todo el camino pancartas.

—Es listo el guía, ¿verdad, Loretta? —comentó Rick, maniobrando con seguridad para dar la vuelta en poco espacio.

El chofer Jimmy opinó, al ver alejarse el coche:

—Va bien conducido. Ese grosero personaje sabe conducir.

El silencio, fue prolongándose mientras el coche rodaba por la bien cuidada carretera que flanqueaba la bahía. Cielo y mar rivalizaban en azul. La vegetación acreditaba con su verdor el clima de la isla…

De trecho en trecho, la Bay Street tenía postes indicadores. La mención «Fitzwilliam» era acompañada de la palabra «Fort», y una cifra «620».

Cuando Bay Street dejó de ser cinta asfaltada entre hermosos chalets poco separados, y fueron espaciándose los edificios, gruñó Rick:

—Si son 620 millas las que hay para llegar a Fitzwilliam, algo falla en la isla ésta.

—Metros de altura —corrigió, desde atrás, Sam—. Lo dice esta guía. ¿Es así o no es así, negro?

Kent Chandler hacía ya rato que tenía el presentimiento de que le destinaban una sorpresa, y no quería sorprenderse.

Emitió una ronca risa, asintiendo, mientras pensaba:

«Esto va a acabar mal. Pero ¿cómo ha podido ella olerme?».

—Este apestoso negro debe de ser idiota —masculló el del volante.

La carretera ascendía ahora, y una señal indicó una depresión. Atrás leyó Sam:

—«La carretera que conduce a Fort Fitzwilliam ofrece la particularidad de atravesar el valle de Sponger, calificado como

jardín submarino, porque está a cincuenta metros bajo el nivel del mar. Atravesado el valle, uno de los más bonitos del mundo con el de La Orotava, según el naturalista Brigod, la carretera vuelve a ascender por entre coralíferas rocas en su primer recorrido, y…».

—Cierra el pico, Sam. Tenemos ojos.

Kent Chandler veía por el retrovisor los fascinantes ojos de Lana Atkinson, que desdeñaban el hermoso paisaje, para contemplarle a él…

Una contemplación aviesamente risueña. Y volvió a pensar en un gato refocilándose al comprobar que tiene la llave de la jaula del quieto y necio pajarito.

—Menos velocidad, Rick, que esta carretera baja con virajes inesperados —advirtió ella.

—Eso es, Rick —hizo eco el rubio platino.

Lana Atkinson adelantó un poco el busco, hasta que casi rozó la nuca de Rick.

—Dicen que los guías para turistas no son de fiar, Nigger. Me contentaré con hacerle bajar del coche si se porta bien, Nigger. Tengo que aconsejarle se porte bien, Nigger, porque atrás tiene usted a Sam, que es un campeón en el arte de dar golpes científicos en la nuca. No se moverá, ¿verdad, Nigger?

Kent Chandler asintió lentamente.

—Parece no sorprenderse, Nigger. Lo comprendo… Usted ignora que los barcos llevan radio. Y que la radio sirve para transmitir a pasajeros mensajes útiles, tal como por ejemplo, advertirme que, muy posiblemente, en la escala de Nassau, alguien procedente de Nueva York, esperaría al barco, para comprobar la identidad de Loretta Grandpré. ¿No se moverá, verdad, Nigger?

—Ni hablar de moverme, señorita Grandpré.

—¡Toma! —rió ásperamente Sam, que rozaba muy elocuentemente con la boca de una «Luger» la parte inferior de la sucia boina que cubría los castaños cabellos del negro postizo—. Ahora resulta que este negro habla como un ratón del Broadway. Pero no es tan idiota como creías, el negro, ¿te das cuenta, Rick? Está más quieto que un pelele en su caja.

—No le pasará nada, Nigger, sino tan sólo que le dejaremos unas horas entre esa espléndida arboleda, hasta que ya haya zarpado el barco. ¿Por casualidad nos cree locos, Nigger? —Acarició la voz

femenina.

—Ni hablar de ello, señorita Grandpré.

—Usted sabe perfectamente que no soy la señorita Grandpré.

—Como usted diga, señorita.

—Este tipo nos está tomando a guasa, Loretta —declaró Rick, frenando.

—Sigue adelante, Rick, hasta que te ordene lo contrario.

—Adelante, Rick; ¿o es que eres idiota? —comentó Chandler.

—Un caso descarado el tal negro, ¿no? —Respiró entrecortadamente tras la nuca de Chandler, el rubio platino.

—Quieto, Sam… —conminó la mujer—. Vais a mis órdenes, no lo olvidéis. Debo reconocer, Nigger, que es usted desconcertante.

—Gracias, pero es que me encanta el buen humor aun entre asesinos. No hay que tomarse las cosas trágicamente. Sam me está barrenando la nuca con su pistola. Observen un detalle importante. Hace ya mucho rato que me estoy muy quieto, casi desde que salimos del dock. Es natural que sostenga las correas del bolso y la máquina, y que muy en mi oficio impida que bailen, apoyando sobre bolso y máquina la mano derecha. No te sobresaltes, Rick… Dile a tu compinche, que tan pronto me salte la nuca, te saltan a ti los sesos por la sien.

Rick siguió conduciendo a poca velocidad por la serpenteante carretera que en descenso atravesaba el valle Sponger, floridísimo.

—Sigo muy quieto, y muy negro. Pero bajo la palma derecha, y pueden apreciarlo, señoras y caballeros, porque en honor a la verdad, apartaré los dedos inútiles, hay una diminuta y plateada joya. Me ha salvado muchas veces de casos apurados. Es sencillo, Rick. De algo hemos de morir, y tanto si frenas en seco, como si dispara tu gran amigo Sam, tendremos una muerte de lujo. En un «Daimler».

La manopla apoyada sobre el lado superior izquierdo del mono azul mostraba el índice doblado, al irse curvando lentamente los otros tres y permanecer el pulgar erecto.

El plateado y pequeño cañón fué visto por Rick… en ojeada brusca.

—Quita la herramienta, Sam —dijo el conductor, entrecortadamente—. ¡Quita la herramienta, condenación! Y usted… convenza a este tipo… para que yo pueda parar… Hable ya,

demonios…

Lana Atkinson cogió la muñeca de Sam, y la mantuvo en alto.

—No quería causarle daño, Chandler; créame. Simplemente rogarle que no se entrometiera. Y se lo demostraré. Puede usted seguir encañonando a Rick, y que éste pare, donde usted indique. Bajaremos usted y yo del coche. Hablaremos. Todo quedará aclarado. Reconozco que vale usted más de lo que pensábamos.

—¿Pensábamos, Lana Atkinson? Lo aclararemos. Estos dos matones, no me interesan. Usted sí. Aconseje al *Viruelas*, que frene suavemente, cuando la carretera presente una larga recta, y dígale al platino que todo puede terminar bien, si saben comprender que soy un detective privado, no un policía honorable.

—Eso es, eso es —aprobó Rick, aliviado—. ¿Le va bien esta recta, Chandler?

—No seas colegial, *Viruelas*. Me gusta mirarte el perfil, porque así también, aunque con principio de tortícolis y bisqueo, veo al platino. Para cuando quieras, muy suavemente, *Viruelas*.

Rick fué frenando con una suavidad mimosa. Atrás, Sam se cruzó de brazos, invisible la mano derecha bajo el sobaco.

Lana Atkinson abrió la portezuela, y dejó pasar un coche de turistas. Descendió, dando la vuelta por delante.

Kent Chandler bajó, comentando:

—A lo cangrejo, percebes.

Rick y Sam permanecieron inmóviles, como petrificados de éxtasis ante el paisaje.

Lana Atkinson fué a sentarse sobre el reborde del pequeño muro blanco y protector, a medio metro del radiador.

Kent Chandler pasó delante de ella, siempre andando «a lo cangrejo» y fué a sentarse a dos metros, mirando el coche, y abierta la manopla derecha sobre la máquina y el bolso.

—Ellos te oyen perfectamente, encanto. Y ya que les das órdenes, hazlo. Quiero ver el coche como anda en marcha atrás, hasta quedar a una distancia de veinte metros. Y tú y yo a solas, será delicioso.

—No hay inconveniente, Kent —y alzando la voz, añadió ella—: Ya lo habéis oído. Marcha atrás, Rick. Y quietos, esperando. No dudo que llegaremos a buen acuerdo con usted, Chandler.

El «Daimler» fué retrocediendo, hasta inmovilizarse a unos

treinta metros.

Varios coches pasaron sucesivamente, y sus ocupantes ondearon manos en saludo hacia la hermosa Lana Atkinson.

—Entre dos tiros, hermosísima. Quiero darte a conocer un mal rincón de mi carácter. Soy muy bestia cuando además de querer hacerme cosquillas con un tubo en el cogote, me toman la cabellera, como lo estabas haciendo con tanto «Nigger» por aquí, «Nigger» por allá. Aquellos dos matones, ya se están limpiando las sucias manos. Y juro que así como hay un infierno especial para las enredonas como tú, no sentiré el menor escrúpulo en largarte plomo a la nueva mentira que me inventes. No me ves el color de la cara, pero debe estar roja de rabia, porque bien está que te las des de lista, pero encima «recochineos», con el calor que hace, me hierve la sangre.

Ella, apoyadas las dos manos sobre el reborde, parecía aspirar el tibio aire lleno de efluvios, en que se mezclaba el salobre del mar, susurrando a ras del mundo, a unos veinte metros en vertical abismo, y el variado aroma de exóticas flores que tapizaban las rocas coralíferas, al frente.

Seguían pasando coches…

—No pienso mentirte más, Kent. Haz la prueba.

—¿Quién mató a Loretta Grandpré?

—No estuve presente ni me lo han dicho. La verdad pura es ésta, Kent. Esta madrugada hacia la una, me llamó Derek al hotel. Yo le quiero y acudí a su cita, sin que mi padre se enterase. Me dijo que había sucedido una desgracia, y que Lulú había muerto. Que tú habías estado acechando, y que él apagó las luces, y después fué a golpearte. Me dijo que, mientras, alguien mató a Lulú, aunque… no me importa si fué él.

—Bien. Parece que vas siendo sincera. Sigue siéndolo.



Vuélvanse de espaldas y sean buenos.

—Me dijo que le tenía que ayudar. Que él tenía los documentos de Loretta, y que inventase cualquier pretexto para convencer a mi padre, de que yo quería irme a Cuba, lejos de Derek. Yo debía llevarla documentación de Loretta, y telefonear al administrador, a las seis menos cinco minutos, imitando la voz de Loretta, y anunciándole que un contrato me reclamaba. Loretta era cantante.

Acepté. Me dijo Derek que me daría dos escoltas, por si sucedía algo. Todo salió bien. Mi padre habrá ya leído la carta que deslicé bajo su puerta. Está acostumbrado a mis caprichos. Seguramente tomará el avión para La Habana, celebrando que me haya alejado de Derek, porque éste no le gustaba.

—Todo suena bien, menos lo más importante. Tengo práctica, en eso de estudiar de cerca el matonismo. Tanto Rick como Sam, son de lo peor. De los que matan por matar. Ellos me hubieran acribillado… y tú lo sabías.

—No debes decir eso —susurró ella, acercándose, inclinando la cabeza hasta que ya junto a él, apoyó su mano sobre la manopla izquierda—. Yo quise sólo cumplir lo que Derek me radió. Está en el bolso.

—Dímelo, preciosa —y Chandler apartó su mano izquierda, para enlazar el estrecho talle.

Ella sonrió con atractiva perversidad.

—Los que pasen se ofenderán de que una blanca inglesa, se deje estrechar por un negro.

—Las turistas se resarcen de complejos contenidos en sus frías tierras natales. ¿Qué decía el radiograma?

—Casi textualmente Derek me advertía que Chandler había cogido el avión a las once con billete hasta Nassau, y que seguramente me daría la bienvenida, pretendiendo sorprenderme. Y añadía lo que al oficial de radio le debió parecer bromas de amigos: que Chandler era un pelmazo, y que se quedase en Nassau, sin continuar el viaje.

—Ya… Y Rick con Sam, se encargaban. Escucha, delicia de mis cinco sentidos, yo comprendo que por amor al canalla de Derek, estuvieras dispuesta a todo, hasta a empujarme o tratar de quitarme la joya que escupe plomo. Supusiste que sabiendo el secreto de Derek, sería todo tuyo. Hazte cargo que yo, velando por tu corazón, prefiero que Derek vaya a donde le corresponde. Me lo agradecerás. El barco zarpa a las ocho, y con Rick y Sam delante, y tú y yo atrás, podemos entre tanto recorrer la isla. Me gusta la embriaguez del peligro. Es mi vicio. Y a las ocho, Sam y Rick devuelven el «Daimler», suben a bordo, y allá ellos dos, pero tú te quedas aquí conmigo.

—Es peligroso, Kent —musitó ella—. Sigo amando a Derek.

—Mejor que mejor. Pero también sigues convencida de una cosa. Si yo te taladro con sucio plomo, la policía casi me llamará héroe, porque tuve que matar a los cómplices del asesino Derek.

—Creo que, por ahora, no puedo escoger.

—Talento que te sobra. Llama a tus cobardones.

—Si me sueltas, te lo agradeceré.

Kent Chandler se retiró, y ella en pie, llamó con gestos hacia el coche. El «Daimler», suavemente, se aproximó.

—Hemos llegado a un acuerdo, y Chandler acepta no entrometerse más. Colócate al lado de Rick… No tienes que temer trampa, Sam. Yo te garantizo que el único interés de Chandler es estar de acuerdo conmigo.

Sam bajó del coche, mirando al que tres pasos más allá, parecía contemplar las ruedas delanteras. Una contemplación que Rick, al volante, supo interpretar. No podía acelerar en intento de aplastar al detective contra el muro…

—Mejor si todos quedáramos limpios de hierro, ¿no? —sugirió, al lado del estribo, el rubio platino.

—Sube, Sam —dijo ella, impaciente.

Obedeció el aludido, pero colocándose de perfil, con el brazo sobre el respaldo.

Ella se sentó tras de Sam, y por el otro lado subió al mismo tiempo Kent Chandler, quedando arrellanado tras Rick.

—A gozar del panorama, o si lo preferís, aquí parados. Me da igual. El caso es que hasta las ocho, ninguno de nosotros cuatro llegará al tercer dock. No quiero que comuniquéis con Derek Murray.

—Adelante, Rick, y sin prisas. El paisaje es bonito.

—Eso es, venus británica. Ya lo has oído, Rick. Sin prisas, y a gozar del paisaje. No nos despeñes. A la izquierda rocas, y a la derecha, abismo. Sigue la línea equidistante de ambos peligros. Una excursión que recordaremos años y años. Pasa esto siempre que uno se ve cerca de la muerte. Muy bien, Rick; conduce con prudencia y silenciosamente. El paisaje está algo estropeado, debido a tu perfil, Sam, pero lo tolero. Es justo que no te fíes de mí. No es pecaminoso que mi mano derecha rodee el costado donde tiene el corazón esta talentuda diosa pagana. Llevo manopla… Y no he de cometer un criminal atentado contra una obra de arte, si no pensáis de qué

modo os veis libres de mí. ¿Quieres decir algo, Sam? Hazlo, estamos entre compinches.

—Digo… que es idiota esto. O estás de acuerdo con ella, y no hay razón para estar así, o no estás de acuerdo, y sería mejor dejar el coche, porque podemos ponernos nerviosos.

—Dime qué medio hay de evitar que aviséis a Derek.

La carretera ascendía con frecuentes virajes ceñidos. Roca en murallón compacto a la izquierda, abismo a la derecha…

—En el primer cruce puede virar Rick, y nos detenemos antes de llegar a la ciudad, en cualquier bar de los que hay al final de Bay Street —dijo Lana Atkinson—. Tiene razón Sam… Podemos ponernos nerviosos, y sería lástima que terminara mal, lo que puede terminar muy bien para ti y para mí, Kent.

—De acuerdo. Vira al primer sitio, pero con cuidado, Rick, y no nos pongamos nerviosos, que estamos los cuatro muy tontinos.

Sobre la carretera, pintado con letras blancas, apareció una flecha y una palabra:

«BAYSIDE».

—Significará que si tuerces a la izquierda, iremos a otro sitio, pero no a Fitzwilliam, Rick. Podrás virar bien.

El «Daimler» penetró en la carretera señalada por la flecha, y dando marcha atrás, viró hasta empezar el descenso.

La masa roquiza estaba ahora a la derecha. Pareció aflojarse la tensión nerviosa, y Rick sonrió en mueca desagradable.

—Un buen trago nos aliviará, ¿verdad, Chandler?

—Vaya que sí, pero no pierdas de vista la ruta. Estos virajes se asoman cuando uno menos…

Súbitamente, Kent Chandler se proyectó hacia delante. Su rodilla derecha chocó contra el rostro de Sam… Su mano izquierda aplastó la cara de Rick contra el volante, desviándolo en plena rotación hacia la derecha.

El «Daimler» cabeceó por dos veces, zigzagueando en la carretera, a la salida del viraje. Se empotró en la roca a la derecha. Un choque seco, que la carrocería resistió admirablemente. Sólo se oyó el cristalino rumor del parabrisas al astillarse.

Kent Chandler de nuevo sentado, mantenía apretada contra sí a Lana Atkinson, tensos los músculos de las piernas, apoyados los pies

contra el respaldo delantero.

Flexionó rodillas, y volvió a tensar las piernas… El motor dejó de funcionar. El silencio absoluto se hizo denso, siniestro…

Lana Atkinson estaba inmovilizada con el busto sobre los muslos del que incisivamente, fué diciendo:

—Lo vi venir… Vi cómo se ponía nervioso… No conocía la carretera y estos coches tienen el tren delantero muy ligero… Hemos tenido suerte… Lana… Hubiéramos podido matarnos… No te muevas aún… Sería horrible que vieras a Sam… Ha chocado con la cabeza contra la roca, atravesando el parabrisas… Y me temo que Rick tarde en recuperar el conocimiento… ¿Te has hecho daño, querida?

Ella quedó, libre. Se cubrió el rostro con las manos, a medida que se incorporaba…

—Bestia… —musitó.

—En efecto, ha sido bestia el choque, pero podía haber resultado peor para mí. La guía debe decir que esta carretera es peligrosa. Un poco más, y el asiento delantero nos atropella. Me duelen un poco las rodillas y los tobillos, pero tan pronto andemos… me pasará. Hemos de ir a buscar auxilio… No podemos hacer nada, ya que no disponemos siquiera de agua de rosas. No están muertos, no… Y pasarán otros coches …

Kent Chandler la empujó fuera del coche, cuya parte delantera era un acordeón.

Cogiéndola de un codo, por detrás, se inclinó para recoger un bidón de gasolina. La llevó carretera abajo…

—Pasarán coches, y los atenderán. O a lo mejor encontramos un coche subiendo. Es natural que tiembles, Lana, pero eres valiente, y éstas soportando bien el susto. Otra se hubiera desmayado, y estaría yo llevando en brazos a una desvanecida venus.

Ella miraba al frente, andando deprisa, con la misma rapidez del que, en su mano izquierda, soportaba por el asa el bidón de gasolina.

—Tú… te echaste sobre el volante.

—Naturalmente, porque vi que al perder la dirección el nervioso Rick, nos iba a hacer dar un triple salto de campana con aterrizaje a muchos metros de fondo. Era preferible chocar contra algo sólido y cercano. Total, un choquecito como el de los coches de feria.

La roca ofreció una separación de apenas dos metros, por la que ascendía un sendero. Ella murmuró:

—Sigamos la carretera, Kent.

—No, querida. Hemos pactado que hasta las ocho, nadie se acerca a bordo. Subiremos un poco a pie, y en un sitio discreto, esperaremos. No te inquietes por Sam y Rick. Pronto estarán atendiéndolos. Sam respiraba, y se salvará del golpe. Rick alguna costilla hundida, y conmoción. Si se mueren, es que no tienen aguante.

El sendero sombreado se enroscó en rededor de unos arbustos. Ella se desplomó, sentándose sobre el borde musgoso.

Delante de ella, Kent Chandler, quitándose el overal, lo impregnó en amasijo con chorros de gasolina, y empezó a frotarse la cara, salvo las cuencas oculares.

Adquirió un extraño aspecto cuando, al recobrar su piel la normalidad, quedaron tan sólo los cercos negros desde las cejas hasta los pómulos. Parecía un estrecho antifaz…

Arrojó al suelo las manoplas.

—Al fin solos, Lana Atkinson. Entonces, ¿en tu primera visita, todo era mentira?

—Tengo vahídos, Kent.

—Y yo también. Pero estás ya convencida que fué un accidente, ¿verdad?

—Sí, Kent.

—Vaya… ¿Por qué querías en tu primera visita que yo me metiera clandestinamente en la alcoba de Loretta? Me chocó esta oferta en la dignísima hija de un Mayor británico.

—Me estás torturando, Kent.

—Y tú a mí, con tus constantes mentiras.

—No te miento ya… Ahora tengo miedo, porque odias a Derek, y eres capaz de entregarme como cómplice de su asesinato.

—Si me dices la verdad verdadera, puedes seguir hacia Cuba, nena. Yo encuentro siempre en mi inmoralidad una excusa, para las mujeres bonitas…

Ella se acercó un poco más… Kent Chandler murmuró, alerta:

—Cuidado, nena. Hay cariños que matan, y tus ojos parecen un volcán de pasión, pero así miran las tigresas.

—Eres hombre y fuerte, Kent. Déjame marcharme… Quiero huir

de toda esta pesadilla.

—A distancia, nena. Siempre la honesta distancia de un paso.

—Mis manos están desnudas, y las ves. Tengo los nervios deshechos, completamente… ¡No, Derek, no!

Kent Chandler oyó los cercanos y repentinos pasos. Esquivó a ciegas, el alud de carne musculada que se le venía encima…, pero un bastón chocó contra su cabeza.

Quedó de bruces, y lo último que sus sentidos percibieron, fué:

—No lo mates, Derek. Sería demasiado…

CAPÍTULO X

«No se está mal en esta mecedora. Un balanceo sabroso, y sólo falta que te alarguen el biberón, cariño. Pero has pasado ya de la lactancia… Haz un pequeño esfuerzo, tú… No me digas ahora que no sabes cómo te llamas… Esto de la amnesia resulta ya pasado de moda. Te tengo por un chico listísimo a partir del mediodía, Kent. Eso es. Yo soy Kent. Un momento… ¿Quién está hablando conmigo? Eres estúpido, Kent, porque con abrir los ojos, te enteras. Bueno eso de abrir los ojos será cosa fácil, pero tienes plomo derretido en los párpados. Y nadie te está hablando. Eres tú mismo, pensando, eso es. Muy sencillo. Una pesadilla. Has debido cenar demasiado. Toots siempre te dice que una buena cena exige un buen paseo. Demasiados virajes, pero hay que aprovechar el primero. Estos tres te van a matar, al primer descuido, Kent. Ella miente más que habla… ¿Ella? ¿Helen? ¿Vivian? ¿Wilma? ¿Loretta? Te lo advirtió el del camión, cuando te dijo que los locos lo están por haber tenido excesivo roce con la mujer, y que los cuerdos si quieren seguir siéndolo, deben apartarse de la mujer. Pues mira, ¿sabes lo que te digo? Prefiero estar como un cencerro, pero a mí que no me quiten eso… ¡Lana Atkinson! Avanza, y no sé si estrujarla como un energúmeno atacado de repentino entusiasmo… y entonces grita el nombre maldito, y… ¡qué larga es la noche, compañero!».

Kent Chandler boca abajo sobre una mesa, atados los brazos desnudos a las dos patas delanteras, intentó mover las piernas. Estaban también atadas a plano sobre la mesa. Tenía el torso desnudo, y una esponja empezó a ser estrujada sobre su cabeza.

«Llueve, Kent. Y viene de perlas. Al menos, la mecedora se mueve sin tanto acunar. Sigue pensando, porque eres un chico listo. Derek Murray tiene pacto con el diablo. Bueno, un avión particular,

y está acechándome por la carretera. Debí… No, no… Hay un fallo… Ella miente… Te van a dar un masaje, Kent, y te sentará. Esto que te enfría el pecho y te mortifica la cara, es madera. Ladeando la cara, la lluvia…».

Le pesaban los párpados, pero consiguió vencer el plomo derretido que parecía gravitar desde la raíz de sus cabellos hasta el entronque de su espina dorsal con la base del cráneo.

Era curioso, pero visto así con la pupila izquierda, aquel elegante deportista, parecía el anuncio de una revista inglesa pregonando las delicias de viajar en yate.

Era un yate, porque tras el elegante individuo de blancos cabellos, sentado en un sofá, había la clásica lucarna, panel de rojiza madera…

La americana azul, la camisa blanca de cuello flojo, el pantalón blanco, los calcetines y zapatos blancos…

¿De dónde conocía a aquel envarado caballero inglés, entre cuyas piernas se sostenía erecto un bastón?

La esponja siguió chorreando, y entre sus labios abiertos, percibió algo agridulce. Un trozo de limón que sabía a coñac. Excelente idea…

Ladeo un poco más la cara, esforzando los músculos del cuello. La esponja había desaparecido, y ahora vió el rostro moreno de Lana Atkinson.

—¿Se encuentra mejor, señor Chandler? El señor Chandler me dijo que le hierve la sangre y se siente muy bestia cuando le hacen objeto de ironías, Mayor.

Una voz calmosa, que pronunciaba con enérgica precisión, brotó de los saludables labios del canoso y elegante Mayor Atkinson:

—Por si puede asimilar el contenido de mis frases, Chandler, le manifestaré que mi muy querida esposa, se siente muy desolada con respecto al accidente que ha costado la vida a Sam Hickens y Rick Ferris. Eran dos buenos elementos. Debo aclararle dos cosas. Lana no es mi hija, sino mi esposa. Y Sam vivía al igual que Rick, cuando les contemplé tan quietecitos, allá sentados. Pero dos en el delirio, pueden hablar mucho. Una herramienta en machaqueo concienzudo y científico, dará pleno remate al informe forense. Un accidente mortal, y siguen buscando al negro postizo y a la hermosa viajera Loretta. Debo hacerle saber, Chandler, que mi primera intención fué

terminar también con usted. ¿No acababa yo mismo, sirviendo altos intereses, de terminar con las vidas de mis dos eficaces auxiliares Sam y Rick? Pero mi esposa, intercedió, y no sé resistirme a las súplicas de Lana. Tengo la idea de que mi esposa ha pasado malos ratos desde que subió al coche, y desea aplicarle la salvaje pero justa ley del Talión.

Kent Chandler estaba ya en franco recuperamiento de la facultad de «asimilar» cuánto oía.

Asimilaba, entre otras cosas, que estaba atado de brazos y piernas.

—El señor Chandler empezó a ver un poco de luz, aunque fingía creerme hasta que desvió el volante. ¿Le hierve la sangre, señor Chandler? Denos una muestra de su particular concepto de no tomarse las cosas trágicamente.

—Ponte delante mío, venus, y si te sientas al lado de tu marido, formaremos un trío digno de antología.

Lana Atkinson fue a sentarse en el sofá, junto al Mayor. Ambos parecían estar atentamente pendientes de las atinadas frases de un visitante muy ingenioso.

La cabina del yate que iba efectuando una singladura desconocida para Chandler, permitía deducir que no era embarcación de mucho tonelaje.

Un poco más que un balandro de regata, debían significar aquellas incomprensibles cifras y letras del banderín pintado cerca de la lucarna.

«12

—

RC 153».

No era muy ducho en náutica. No tenía manual de navegación para consultar y adivinar que el número 12 significaba los metros de eslora del yate, las letras la abreviatura de la matrícula «República de Cuba», y los tres números que seguían, la adjudicación que el Yachting Club cubano diera al yate propiedad del Mayor Charles Atkinson.

—Una pareja preciosa —ironizó Kent—. Lo era también la

formada por Sam y Rick. ¿Los dos que intentaron acribillar a Vivian Murray, cuando la conocí? Muchos misterios para un solo cerebro en mala postura. No saben cuánto lamento causarles tantas molestias. No pensará en serio, eso de oficiar de verdugo conmigo, estupendísima Lala. Me agrada más que Lana. Usted, calzonazos, dígale a su señora que no adelantaremos nada con hacer tonterías. Un cadáver más qué importa al mundo, pero yo soy joven y bien administrado puedo servir. Déjeme probárselo, Mayor Atkinson.

—¿Qué opinas, Charles? —preguntó ella, sin dejar de mirar al que, tendido de bruces, apoyaba ahora el mentón sobre la madera.

—Podríamos intentarlo, nena.

—Eso es, Mayor. Déjeme a solas con su nena, y ella no se arrepentirá. Usted con pasear por cubierta y tener cuidado de no rasgar las velas con los adornos invisibles, pero cortantes de su frente…

—¡Quieto, Charles! Lo iba a conseguir… Quiere sacarte de quicio. No lo lograría.

—Ha estado bueno el chiste. El Mayor se ha puesto aún más colorado, y yo soy el que tendría que estar rabiando, pero siempre me dije que si me tocaba morir delante de una dama, lo haría finamente. Y como aquí no hay dama que valga, ya que no la hay, moriré con estilo. ¿A qué esperas, Lana, para afilar el cuchillo o esgrimir uno de los frontales adornos de tu Mayor? ¡Quieto, Charles; no escarbes, Charles! Tendría gracia que yo, ensartado como un pollo en bandeja, diera anticipadamente dolor de estómago a los comensales. ¿Se puede saber qué va a pasar? Levántate ya, nena, y mátame a fuego lento. ¿No?

—Pronto gemirás, Kent Chandler. Te lo juro.

—Juramentos de borrachos, promesas de locos, y palabras de Lana Atkinson, ni borrachos ni locos fían de ellas. ¿No te das cuenta, que si me quieres dar larga agonía, pasará como es de rigor? Llegarán los buenos y me salvarán. Lo malo, es que ya no sé quiénes son los buenos ni los malos. Por de pronto vosotros dos sois la gran pareja de marranos, pero ¿quién lleva el timón? Ya no sé si es Mac Carey, Murray o Helen. Dímelo, vidita.

—Termina pronto. Lana —dijo severamente el Mayor, poniéndose en pie—. He tolerado tu capricho, pero…

—¡«Muuuu»!, bramó el buey, al recogerse el rabo, y abandonar

el establo. Eso es, Mayor… Nos entenderemos mejor tu nena y yo a solas.

Charles Atkinson se abalanzó hacia adelante, y Kent Chandler sonrió. Una sonrisa trágicamente triste. Moriría rápidamente. Era lógico que aquel puño de bastón chocando con su nuca, iba a terminar con la accidentada carrera de un detective privado, sumergido en el más confuso misterio que jamás…

El mundo, con sus complicaciones, dejó de existir para Kent Chandler.

Capítulo XI

«Este frescor es suculento, pero vas a pillar un catarro, Kent. A veces no das en el clavo. Cierra ya la ventana. Hace unas cuantas noches que no das en el clavo. Todo te parece difícil. Cierra ya la ventana, capullo. Eso es, ¿y cómo llego hasta la ventana, si no la veo? El oculista se va a hinchar contigo, Kent Chandler».

Vendada la cabeza, reclinado en blancos almohadones, en cama clínica de respaldo graduable, Kent Chandler, muy blanco en su pijama del mismo color, tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

«¿El oculista? Aquí huele a hospital. Cosas alcanforadas, alcohol de quemar, y ahora que vas dando en el clavo, te darás cuenta que te estuvieron pinchando por todas partes. Aguja en la nalga, y va una. Aguja en el brazo, y van dos. El bonito juego de "te pincho, y no pidas pincho para defenderte". Cállate, y escucha. Una voz está a tu lado…».

—Si puede oírme, joven cretino, bastará con que levante un dedo. No creo que pueda hacer esfuerzo mayor hasta dentro de un par de días.

Cerrados los ojos, Kent Chandler alzó los dedos de su mano derecha. Una voz agradable la de aquel seductor perillán, que las enamoraba de manera…

—¡Derek Murray! —exclamó.

Lo que Derek Murray, sentado junto a la cabecera oyó, fué:

—«¡Drkkmay!»

Pero Chandler oyó perfectamente, cada vez con mayor claridad:

—Gracias a usted, hemos llegado hasta la meta. Era preciso saber quiénes recibirían el *microfilm*. Ya lo sabemos. Y como está usted fuera de peligro, ya le hablará a su tiempo el teniente Clark Murphy. Volveré a visitarle, Kent. Mi esposa le saluda cordialmente,

Kent Chandler.

Kent Chandler estuvo convencido de que, alzando una mano, acababa de exclamar:

—¡Usted se queda aquí y me lo explica todo, maldición!

Sólo echó un poco de salivilla, y beatíficamente ingresó en un largo y reparador sueño, sin necesidad de la habitual dosis calmante, ni de inyectable estimulante para despertar.

Abrió los ojos, sintiéndose muy despejado. Miró en torno, pero sólo girando los ojos, como una rana…

Una enfermera sonrió, se llevó un índice a los rojos labios, y salió. La puerta volvió a abrirse, y con las manos en los bolsillos del pantalón, desabrochada la gabardina, la americana y un botón de la camisa, el teniente Clark Murphy se aproximó, hasta que su agudo rostro de hurón, se apoyó de barbilla a los pies de la cama, cuando se hubo sentado.

—Tiene usted el sueño dulce, Chandler. Durmió en el avión que le trajo a Nueva York desde un yate que fondeó en un islote bermudiano, y lleva aquí cuatro días con sus noches. Además, está usted plenamente idiotizado y no se lo reprocho. Vaya tomándoselo con calma, y si pone orden a las preguntas, su cerebro empezará a funcionar debidamente.

—Concretemos. Me llamo Chandler, y usted Murphy. ¿Voy bien?

—En línea recta.

—Esto es una clínica de Nueva York, según me garantiza.

—Doy fe.

—¿Qué hora es?

—Exactamente por mi reloj… las tres cuarenta y uno de Ja tarde.

—¿De qué día, mes y año? Escuche, Murphy… ¿Ha sido delirio, o aquí ha entrado un tal Derek Murray?

—Ha entrado.

—Ya… Concretemos. ¿Usted, forma parte de la banda?

—Había tres bandas, y concreto. La primera formada por Loretta Grandpré, Charles Atkinson y su amante Lana, con Sam Hickens y Rick Ferris, de los que usted conozca. Otra, formada por un solo elemento: Derek Murray. Y la tercera, formada por otro elemento, el despistado Kent Chandler. ¿Le coloco pieza por pieza cada grillo en olla aparte?

—El cielo se lo premiará, Clark. Coja un grillo, el primero, empezando por la cola. Yo estaba sobre una mesa, y Atkinson emitiendo un mugido, me largó un bastonazo. Esto es lo último. Después del bastonazo, es natural que me duela la vendada cabeza, pero, esta cama que tengo bajo el esqueleto, ¿quién me la empotró? ¿Y usted…? Concretemos, a su gusto, teniente.

—Será mejor. El yate pertenecía a Charles Atkinson, y era tripulado por un cubano y dos bermudianos, a sueldo de la banda de espionaje formada por los dos Atkinson, Loretta, Sam y Rick. El yate era seguido con óptica precisión desde una canoa motora, lo suficientemente lejos para no ser vista, y ver cómo el yate de Atkinson emproaba hacia otra pequeña embarcación, donde esperaba el agregado de embajada europea, que pagaba a la banda dirigida por Atkinson. Un agregado que ya estaba bajo observación, y apenas el yate atracó al lado de la embarcación donde el agregado recogería el *microfilm* obtenido por Lana y Loretta, la canoa entró en acción. Llevaba diez hombres de la «Special Branck». ¿Conoce?

—Los elementos no inscritos en ninguna nómina, y que de vez, en cuando prestan servicios de contraespionaje según sus capacidades.

—Bien definido. La «Special Branck» entró al rápido abordaje. Los capitaneaba Derek Murray.

Suspiró hondamente Kent Chandler. Prefirió cerrar los ojos y callar.

—Al primer disparo, salieron a cubierta los dos Atkinson, y ella dió más trabajo que él. Hubo pequeños descalabros sin importancia, pero la banda entera, está entre rejas. El agregado creo que tendrá que pegarse un tiro, porque su nación es poco misericordiosa con los que fallan.

—Al diablo el agregado. La cosa es que, al parecer, le debo la piel al compositor de marras, que se llevaba muy secreta que… No entiendo nada, Siga, maestro.

—Le advierto que sólo cuando usted ingresó aquí, me enteré de todo el tejemaneje.

—¡Concretemos! ¿Quién mató a Loretta?

—Lana Atkinson quitó un fusible, y mientras Murray trataba de restablecer la avería, Charles Atkinson mató a Loretta, porque ésta, enamorada de Derek, y sin saber que era «Special Branch»,

empezaba a ser indiscreta, Derek, sospechando de los Atkinson y de Loretta, les seguía de cerca, muy sincero en su papel de enamorado por doble partida.

—¿Quién me atizó en el cogote?

—Lana Atkinson, para que usted más tarde testificara que había visto a Derek matar.

—¿Por qué fué ella a visitarme a mi oficina?

—Cuando Sam y Rick fallaron en su tiroteo contra Vivian, dijeron que un tipo, usted, la había salvado. Ella fué a sondear.

—¿Cuál de ellas, por favor?

—Lana.

—Adelante. ¿Por qué querían matar a Vivian?

—Vivian Murray celosa, e ignorando también que su marido era de la «Special Branch», cometió la natural torpeza de visitar a Loretta, y decirle textualmente: «¡Sé quién es usted, y acabarán mal sus manejos, porque lo sé todo!». Esta exclamación de esposa, fué interpretada por la banda de espías, en deducción lógica, de que Vivian conocía sus actividades secretas.

—Ya va saliendo el sol, pequeñito entre nubes. ¿Por qué mil demonios coronados y musicales, no empezó Murray por decirle a su esposa que era del «Special Branch»?

—Se lo ha dicho ya. Y ha renunciado a seguir siéndolo, porque dice que ya no sería un secreto, si su esposa, sabedora de ello, le seguía por todas partes, con cara de enamorada asustada.

—O sea que Derek les hacía el amor a Loretta y a Lana a la vez, para sonsacar. ¡Un momento! ¡Mac Carey…!

—Peligrosa calumnia si no le atajo, Kent. El dignísimo mientras no se demuestre lo contrario, Mac Carey, se limitó a obedecer órdenes del Departamento de Estado, que le envió a un «Special Branch».

—¿Por qué Derek Murray desapareció del lugar donde murió Loretta?

—Oyó algo deslizarse, pese a las diestras experiencias de los Atkinson, y trató de darles caza. No pudo, pero alertó al resto del equipo del «Special Branch». Unos hicieron desaparecer toda huella del crimen. Otros, vigilaron a los Atkinson. Y los miembros de equipo viajaron como turistas en el «Betancuria».

—Y mientras, yo galopando por la llanura como una cabra con

tábanos en los cuartos traseros, ¿no?

—Se inmiscuyó usted, y el «Special Branch» consideró que su contacto con Lana Atkinson, en Nassau, aceleraría el proceso que conducía a saber quién había de recibir el *microfilm*.

—Son muy delicados en el «Special Branch», ¿verdad?

—También cabía suponer que usted podía ser cómplice… Son muy enrevesados estos asuntos de espionaje. Y si usted en vez de ser privado, fuera oficial…

—Concretemos. Lana me dijo que Derek le envió un radiograma.

—Radió Charles Atkinson, firmando Derek, y Lana sabía que no era Derek.

—Me dijo que Derek había pasado la noche con ella.

—Como si le dice que había pasado la noche tocando el arpa. Creo que ya va saliendo de las tinieblas, ¿o signe a obscuras?

—Vivian Murray era muy formal cuando afirmó que su esposo tenía un secreto que ella había descubierto, y que justificaba en cierto modo que el compositor deseara matarla. Habló de una llave de garaje.

—Que Loretta consiguió, sacando molde del llavero de Derek. Pero éste no temía por su esposa, ya que sabía que la doncella negra Sarah valía por un equipo de lucha libre. Pero le había hecho jurar a Vivian que para nada saldría del piso.

—En el Registro, constaba como soltero.

—Libertad legal a favor del «Special Branch», cuando Derek comprendió que los Atkinson o Loretta irían a consultar si era soltero. Empezaron a comprender que no podrían sacar de los Estados el *microfilm*, mientras Derek hiciera aquella corte tan pegajosa a Loretta y Lana.

—En vez de un sindicato de celosas, era un trío de malabaristas de secretos. Los de Loretta y Lana, los conozco, pero ¿y el de Vivian?

—Ella o Derek se lo contarán, o no. Yo no lo sé, ni me caliento los cascos.

—Lana vino a verme con el cuento, para embrollarme metiéndome en la madeja.

—Para complicar a Derek en su posible labor. No acababan de saber si era del contraespionaje o simplemente un compositor pegajoso, que a cada momento aparecía en el camino de Loretta y

de Lana, alternativamente. Las dos eran hermosas.

—Una sigue siéndolo.

—Hasta que el tribunal británico juzgue a ambos en Nassau por la muerte de Sam y Rick.

—No le sorprenderá que me duela de cabeza, ¿verdad, jefe?

—¿Jefe?

—Venga mañana, jefe, y traiga los impresos de ingreso en el protegido y honorable cuerpo al que usted pertenece.

En pie, Clark Murphy se tocó el borde del sombrero, rígidos los dedos que proyectó hacia el yacente.

—Celebro su franca mejoría, compañero. Mañana a las diez estoy aquí.

Kent Chandler cerró los ojos, y se durmió mientras mentalmente iba colocando «cada grillo en su olla».

Despertó negándose a seguir chupando del tubo, pidiendo con voz de caníbal, chuletas en cantidad suficiente para ocupar tres platos. Sólo rebañó el segundo plato, pero después, al aspirar el humo del cigarrillo que la enfermera le colocó entre los labios, murmuró:

—Es bella la vida, ¿verdad, nena?

La enfermera sonrió, y replicó algo incoherentemente:

—Ya está usted en condiciones de recibir la primera visita. Me he permitido telefonear a los que han solicitado verle, mientras usted cenaba.

Se marchó, y poco después, en el cuarto entraban Vivian Murray y su esposo.

Derek Murray tenía una sonrisa agradable, pero Kent Chandler encontró mucho más bonita la de Vivian.

—Mi esposo dice que gracias a usted…

—Gracias a que mi dura cabeza no se rajó. ¿Tengo que manifestarle que soy un ingrato, señor *Mozart*?

—Usted se entrometió, señor *Holmes*. Y el saber quién pagaba el *microfilm*, valía más que la mayor o menor dureza a comprobar de la cabeza de un joven… testarudo.

—De acuerdo,
Mata-Hari
con varonil pilosidades. Y ahora, tanto da si contesta o se calla, Vivian. Usted me afirmó que había descubierto un terrible secreto

sobre su marido —volvió a dirigirse a Derek al proseguir—: no pudo ser que averiguara que usted era del «Special Branch», porque ese descubrimiento la habría en cierto modo tranquilizado.

Ella miró interrogante a Derek Murray que avanzó, colocándose en primer plano:

—Cuando Vivian averiguó que yo parecía estar loco perdido por la pobre Loretta, empezó a comportarse como una mujer celosa. Registraba hasta el forro de mis americanas. Y resultó que tropezó con una carpeta, que yo guardaba bajo siete llaves. En la carpeta había una sinfonía completa, obra de un pobre muchacho que murió en la guerra, sin haber podido editar su música, que nadie leyó. Ella dedujo que yo había robado la sinfonía, de la que estaba sacando partituras para mis melodías. Yo no podía decirle que era el «Special Branch» quien por mediación del Departamento de Estado, el hacerse cargo de todos los papeles del combatiente muerto, sin familia, me entregó dicha sinfonía, para que de ella fuera extrayendo melodías, con cuyo pago me convertí en adicto del «Special Branch», antes de conocer a Vivian. No podía decírselo. Ella, me dió a elegir. O yo renunciaba a Loretta, y a mis caprichosos viajes, o me desenmascararía como un farsante, plagiario inmundo, y no sé cuántas cosas más. Y cuando cayó un tiesto, empezó a pensar que yo, el músico herido en su soberbia y además no queriendo renunciar a Loretta, había planeado matarla.

—Por fin… Cada grillo en su olla. Ahora bien, señor Murray, usted me echó de su casa en forma fea.

—También tuve que decirle cosas feas a Vivian. Ella no me guarda rencor.

—Yo no estoy enamorado de usted, señor Murray.

—Hay una melodía, que en su letra dice: «El tiempo pasará, las cosas cambiarán, de forma y de color…». Vivian y yo vamos a efectuar un largo viaje por fuera de los Estados. Le prometí una segunda luna de miel… y usted nos desea que sea eterna.

—Amén. Ambos la merecen. Han pasado lo suyo. Lo mío no es nada. Cosas superficiales. Castaña viene, castaña va. No deja nada dentro, pero usted, señora Murray, siempre estará temiendo que su esposo vuelva al «Special Branch».

—Procuraré vencer… y si pierdo, seré su auxiliar. Adiós, señor Chandler.

Vivian Murray abandonó el cuarto. Derek Murray presentó la diestra palma boca arriba.

—«El tiempo pasará…».

—«Las cosas cambiarán…». Yo digo como las románticas: «Si acaba en boda y bien, me gusta». Buen viaje, señor *Don Juan*.

—No es usted tampoco manco, amigo. Fuera hay dos damas. Adiós.

Y ya en la puerta, Derek Murray se volvió para decir:

—¿No se ha dado cuenta que su gentil secretaria está enamorada hasta la perdición?

Fué la última actitud enigmática de Derek Murray. Kent Chandler permaneció boquiabierto. ¡«Wally» enamorada de él! Un espantoso absurdo…

—Vamos, hombre —rió entre dientes—. No sea borrico, compositor de pega. ¿Que Wilma está…? Vamos, hombre…

Rió más perplejo que nunca. ¿Es que no iba acabar nunca el misterio de las celosas que…?

Entraba Helen Sutton, y tras ella, muy solemnes, Algernon Sutton y Keneth Mac Carey.

El abogado engoló la voz:

—En nombre y representación de la familia Sutton, debo presentarle toda clase de excusas, señor Chandler, al haber yo incurrido en el grave error de menospreciar su alta categoría moral.

—Va bien, *Cicerón*. Todo olvidado… «El tiempo pasara, las cosas cambiaran, de forma y de color»…

Algernon Sutton y Keneth Mac Carey cambiaron una rápida mirada compasiva. Elocuente. El pobre detective, de resultas de los golpes, había entrado en período predemencial.

Saludaron amablemente, abandonando el cuarto. Helen Sutton murmuró:

—No sé si nos queremos, Kent…

—¡Ni hablar, nena! Me gustabas, te parecí original y nada más. Fíjate bien en que terminaríamos mal. Yo un vulgar… Tú una elegante… En fin, tranquilízate, Helen. Eres buena y encontrarás el marido adecuado.

—Gracias, Kent… Me he tranquilizado. ¿Quieres que te visite?

—No, no… Tengo ya… Bien, adiós, Helen.

Ella salió, y Kent Chandler esperó un instante. Un instante que

se prolongaba en exceso. Bramó:

—¡Wally, al instante, maldición!

Entró ella apresuradamente. No estaba favorecida, porque sus ojos estaban convertidos en dos cercos enrojecidos. Pero avanzó con paso rápido, para decir con su habitual estilo:

—Celebro que tenga la cabezota ya del todo reparada, jefe. Topsy ha llorado como un becerro y me contagió. El niño se acusa de no haber sabido adivinar la importancia de los Atkinson… ¿Le pasa algo, jefe? Me mira usted de un modo muy raro, oiga… Bueno, claro, con tanta inyección y agüitas con sal que le llaman suero… Oiga, jefe, ¿quiere que llame a la bata blanca?

—Siéntate… Aquí, al borde del blanco lecho nupcial.

—¡Castaña! ¡Dieron en el clavo los dos estirados sujetos almidonados que acaban de salir barrenándose la cocorota! Fíjese bien, jefe, que esto es una sala de clínica y que de nupcial tiene lo que yo de Helen Sutton. Está guapa la niña, las cosas como son… Oiga, jefe, ¿se da cuenta que me está agarrando la mano… y que me está resoplando en la mejilla y que… vamos a terminar todos locos?

—Una vez hubo una mariposa que iba de flor en flor, sin darse cuenta que llevaba todos los colores más hermosos en sus propias alas, porque no veía sus alas. Tú eres las alas…

—Si es locura, Kent… —Sorbió ella un sollozo…— ¡es horrible lo que voy a decirte, Kent! ¡Sigue así de loco, amor…!

—Amor mío.

—Sí, Kent. Eso es.

—Concretamente, Wilma. Tu nombre es un bombón.

—El tuyo cada noche, cuando lo murmuraba sobre mi almohada, era como un sueño, Kent. Te he querido siempre, Kent, pero soy tan poca cosa, tan vulgar…

—Y yo soy un espantoso cretino vulgarísimo, Wilma, bombón…

En el corredor, el teniente Clark Murphy apartó la oreja de la entreabierta puerta. Se frotó vigorosamente las manos, y en su satisfacción, se olvidó de lo tacaño que era. Regaló un puro, diciendo:

—Termina en la boda adecuada, medicucho. Concretamente, en la justa boda, matasanos.

La enfermera miró el puro que sobresalía de su escote. Miró

después al que se alejaba silbando, y se encogió de hombros. Ya lo decía el sabio director de la clínica. El mundo corría hacia una espantosa hecatombe, producida por la radioactividad de las atómicas ondas expansivas de gérmenes esquizofrénicos. Nadie se salvaría de la universal locura.

Dentro de la sala clínica, Kent Chandler murmuró, tras varias comprobaciones:

—Cielo mío. ¡Qué labios tan maravillosos, adorada mía!

—Mejorando lo presente, Kent de mi vida.

Y Wilma Roberts entornó los párpados y lloró muy a gusto, mientras volvía a apoyar sus labios sobre los del que perdería la jefatura, al convertirse en uno más del plácido sindicato marital.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN
PIMPINELA

Núm. 331 - Mercedes Muntó.
■ CON MADERA DE TRIUNFADOR
Núm. 332 - Enry Claveri.
■ DESTINOS CRUZADOS
Núm. 333 - Adela Gala.
○ SU INVISIBLE PRESENCIA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
MADREPERLA

Núm. 227 - Matilde Redón.
■ TRECE DIAMANTES
Núm. 228 - L. Masota.
■ LA ISLA DE LAS DAMAS
Núm. 229 - Corín Tellado.
○ ¡BONITA, BONITA!
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
ROSAURA

Núm. 171 - Agata Mar.
■ ¡QUE ENCANTO DE FAMILIA!
Núm. 172 - Amparo Lara.
■ TORTURA
Núm. 173 - Isabel Salueña.
○ LA GRAN PRUEBA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
AMAPOLA

Núm. 57 - Desabel.
■ UNA SIRENA A BORDO
Núm. 58 - Matilde Redón.
■ UNA ISLA EN EL PACÍFICO
Núm. 59 - Laura Tur.
○ LA VENUS MODERNA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
BISONTE

Núm. 272 - Orland Garr.
■ SUCEDIO EN KANSAS
Núm. 273 - Cliff Bradley.
■ JUEGO PELIGROSO
Núm. 274 - Tex Taylor.
○ EL OTRO LARRY
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
DETECTIVE

Núm. 15 - Arnold Briggs.
■ LOS GORRIONES DEL TÁMESIS
Núm. 16 - Vic Peterson.
■ EL ASESINO BUSCA ESPOSA
Núm. 17 - Arnold Briggs.
○ BRIGADA FLUVIAL
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO

Núm. 136 - A. Roscest.
■ TRES HOMBRES EN LA NIEVE
Núm. 137 - Tony M. Tower.
■ EL SECRETO DE ROCKY MOUNTAIN
Núm. 138 - Andrew Castle.
○ ESPÍAS EN ACCIÓN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
ALONDRA

Núm. 10 - María Lar.
■ ...Y LA LEYENDA SIGUE
Núm. 11 - María Adela Durango.
■ LA MUJER HUMILLADA
Núm. 12 - Sergio Duval.
○ JUEGO DE AUDACES
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próximo aparición.



Precio: **5 ptas.**